



LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL. *

GASPAR DE AVILA (ó DÁVILA, como de ordinario se le llamó y él mismo escribió su apellido) nació en Murcia (1), del matrimonio de don Juan Dávila, escribano de Cartagena, y de doña Juana de Perea. Hermanos suyos fueron Juan Dávila, a quien consta le vendió, hallándose en Madrid, en marzo de 1617, la legítima paterna en cuatro mil reales (2): y Nicolás de Avila, que, al par suyo, cultivó en ocasiones la poesía, y a quien Polo de Medina calificó de «ingenioso» por alguna muestra de ella que había llegado a sus manos.

* El prólogo se insertará al fin de la reimpresión de las comedias.

1. Débese la noticia del lugar del nacimiento de Avila a su compatriota Salvador Jacinto Polo de Medina, que en sus *Academias del Jardín* (Madrid, 1630) dice en la tercera: «No era bastante honor para nuestra ciudad el tener a Gaspar Dávila por hijo»

2. Pérez Pastor, *La Imprenta en Madrid*, t. III, p. 366. Publícase allí, también, en extracto, otra escritura, por la cual consta que su madre le había entregado, en cuenta de su legítima paterna, 600 reales, en Madrid, a 12 de Julio de 1613.

Se deduce de todo esto, bien se ve, que su padre era fallecido por entonces y que la familia se había trasladado a la capital del reino.

ANALES.—MAYO.—JUNIO I.

Muy temprano debió Gaspar de Avila de comenzar a seguir el mismo camino de tales aficiones, por cuanto en el poema intitulado *La Cruz*, de Albano Remírez de la Trápera, impreso en Madrid, en 1612, figura un soneto suyo en elogio del autor y una canción a doña Sebastiana de Sandi, monja profesa del convento de Santa Clara de Madrid (3). Ya por ese entonces se hallaba al servicio de la Marquesa del Valle doña Mencía de la Cerda, en calidad de secretario suyo, puesto a que, muy probablemente, le llevaría aquella hermosísima escritura que alcanzó, tan extraordinaria, que Cervantes hubo de recordarla en su *Viaje al Parnaso*, cuando dijo:

Llegó el gran Biedma, de inmortal renombre,
Y con él Gaspar de Avila, primero
Secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.

Admiración que compartía también el «monstruo de la naturaleza» al mencionarle en su *Laurel de Apolo*, más que por sus calidades de poeta, por los rasgos materiales de su pluma:

Pudiera Gaspar de Avila si fuera
Embajador de este laurel al monte,
Mejor que el que bajó de Flegetonte
Por Eurídice bella a la ribera,
Orar en verso y persuadir que diera
Este laurel a la dichosa tuya:
Y si de letra suya
Escribieras a Apolo,
Eso bastara sólo,
Porque son sus caracteres tan bellos,
Que él solo pudo estar por alma en ellos;
Pues que puede decir que entre infinitos,
Ningunos se han de ver tan bien escritos. (4)

3. Descrito igualmente por Pérez Pastor, obra citada, t. II, n. 1201 siendo digno de notarse que entre las otras composiciones poéticas que adornan las páginas de ese libro figure una décima de una doña Ana María Dávila, posiblemente, hermana de nuestro autor: hecho que, caso de ser efectivo, vendría a manifestar que la inspiración poética fué patrimonial en la familia del notario de Cartagena.

4. Ciertamente que tal pericia caligráfica debía de ser notable, cuando el propio Pérez Pastor advierte, al ver la firma de nuestro poeta, que «revela

Le recordaba, asimismo, pero ya por sus condiciones de dramaturgo, el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en su curioso libro, en gran parte traducido del toscano y en parte por él compuesto, que se intitula *Plaza universal de todas ciencias* (5), en el cual, al folio 322, al hablar de los comediantes y autores de comedias, le nombra junto con Lope de Vega, Tárrega, Aguilar, Miguel Sánchez, Cervantes, Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara.

Muestras aisladas de su numen se encuentran también en la *Descripción de la Capilla de N. S. del Sagrario de Toledo*, hecha por Pedro de Herrera e impresa en Madrid, en 1617, en cuya obra, al folio 95, se registra una canción suya, que comienza:

Opuesto yace aquí al injusto olvido..(6)

Años después, en 1632, contribuye con unas décimas en alabanza del terco y envanecido maestro de armas del que fué Felipe IV, don Luis Pacheco de Narváez y de su *Historia de las dos constantes mujeres españolas* (7); en 1636, en unión del mismo Pacheco de Narváez y de otros dos ingenios, con versos laudatorios a la *Descripción de la muy noble y más antigua ciudad de Gibraltar* de Fernando Pérez Pericón (8); y en ese mismo año colabora entre los poetas que lloraron la muerte de Lope de Vega con unas décimas a su sepulcro y un soneto, que habla con un peregrino, que intituló epigrama, y comienza así:

una gallardía igual o superior a la de los buenos maestros calígrafos de su época.»

5. Impreso en Madrid, por Luis Sánchez, 1615, 4.º, libro de que poseemos un buen ejemplar.

Véase también, como complemento de esta referencia de Suárez de Figueroa, lo que cuenta Fernández Guerra y Orbe en la página 366 de su *Don Juan Ruiz de Alarcón*.

6. Citada por don Cayetano Rosell en su *Catálogo* de los autores mencionados en *El Laurel de Apolo. Colec. de Autores españoles* de Rivadeneyra, t. XXXVIII, p. 529, y descrito por Pérez Pastor, obra citada, n. 1469.

7. Noticia que tomamos de Barrera y Leirado, *Catálogo del Teatro antiguo español*, p. 22. Confer: Guerra y Orbe, ob. citada.

8. Salvá, *Catálogo*, t. I, n. 870.

Vuelve, mortal, detén el paso incierto,

que el doctor Juan Pérez de Montalván incorporó en la colección que de esas poesías hizo con el título de *Fama posthuma* del más fecundo de los dramáticos españoles (9).

En la corona fúnebre, que llamaríamos hoy, del mismo Montalván, que se imprimió tres años más tarde, aparece con una décima (10); como él propio tuvo a su cargo la que con portada de *Exequias Reales* daba fe de las que Felipe IV dispuso se celebrasen en Madrid en honra de los soldados muertos en la batalla de Lérida, en 1634 (11), para las cuales aportó en persona alguna pieza poética; como colaboró, en el año siguiente, con otras para los *Elogios al Palacio del Buen Retiro*, (que coleccionó don Diego de Covarrubias y Leiva) al par del maestro Valdivieso, Luis Vélez de Guevara, Pérez de Montalván, Solís y Ribadeneira, don José Pellicer de Tovar y otros no menos celebrados escritores (12).

Por fin, en la *Pompa funeral, honras y exequias en la muerte de Reina doña Isabel de Borbón*, impresa en 1645, cuya disposición y redacción se encargó al célebre americanista y polígrafo Antonio de León Pinelo, se encuentra el soneto de Avilá a que dió principio con este verso:

9. Hállanse las décimas en la hoja 65, y el soneto en el frente de la 66.

10. Barrera y Leirado, obra y lugar citados. Resulta vana pretensión tratar de encontrar libros de esa índole en nuestra Biblioteca Nacional; adecuada para consulta de estudiantes y lectores de obras nuevas, pero no para investigaciones históricas, científicas o puramente literarias. Los aficionados a tal linaje de estudios tienen que contentarse aquí con ir recogiendo las migajas que dejan los que viven en centros mejor dotados de elementos, o gastar sus cuartos (nunca abundantes en los que consagran sus días, no a ganar dinero sino a especulaciones del espíritu) para adquirir los libros de que necesitan, cuando tienen voluntad y posible.

11. Es folleto muy raro, y, como tal, aparece descrito en Gallardo, bajo el n. 1985. Dicen los compiladores de esta obra que «el autor es Gaspar Dávila, el cual firmó la dedicatoria en Madrid, 16 de Septiembre de 1644» (sic, por 1634).

Vemos de nuevo figurar en esa colección a doña Ana María Dávila, lo que confirma la sospecha que tenemos de que fuese hermana de Gaspar.

12. Es libro muy raro, cuya descripción no encontramos en Gallardo, ni en otros bibliógrafos. El apuntamiento que de él damos procede del que trae Barrera.

Murió Isabel, y en ella murió España. (13)

Pero, ciertamente que la fama de que gozó Gaspar de Avila no podemos ir a buscar en semejantes diminutas manifestaciones de su numen poético, que debía derivarse y proceder de sus condiciones y aptitudes de autor de comedias, en cuya carrera había comenzado a desarrollarlas desde muy temprano. En 1615, como dijimos, le mencionaba Suárez de Figueroa, y en ese mismo año, en el prólogo que Cervantes puso a sus *Comedias* le dedica palabras elogiosas, que conviene recordar para honra suya: «Estímense... el rumbo, el boato y la grandeza de las comedias de Luis Vélez de Guevara, y las que ahora están en jerga del agudo ingenio de don Antonio de Galarza, y las que prometen *Las fullerías de amor*, de Gaspar de Avila, que todos éstos, y algunos otros, han ayudado a llevar esta gran máquina al gran Lope...»

Las fullerías de amor había sido, pues, la primera muestra de sus aptitudes para el teatro, que por una circunstancia singular es también la única de las comedias suyas que se sabe escribiera que no ha sido publicada y de la que sólo se conservaba hasta hace poco el manuscrito de la tercera jornada (14). Ni es posible señalar el orden en que Avila fué dando al teatro otras producciones, pero sí se sabe que merecieron ser aplaudidas de sus contemporáneos las que sucedieron a aquélla, que ya lo había sido por Cervantes; así, don Fernando de Vera y Mendoza en su *Panegírico por la Poesía*, impreso en 1627, le pone en «la hidalguía de los ingenios» y de «perfecto mucho en lo cómico» (15); Pérez de Montalván en su *Para todos*, que dió a luz en 1632, en la «memoria de

13. Se encuentra a la vuelta del folio 96. De tan hermoso libro, con tan curiosas láminas adornado, tan lujosamente impreso, y tan interesante para los americanos por proceder de León Pinelo, benemérito de la bibliografía, historia y legislación de esta parte del mundo, hemos dado descripción bajo el número 8484 del tomo VII de la *Biblioteca Hispano-Americana*,

14. Según lo advierte Barrera y Leirado, ese manuscrito se hallaba, a la época, en que escribió su *Catálogo*, en poder de don Agustín Durán, en Madrid.

15. Barrera, obra y lug. citados.

los que escribieron comedias en Castilla solamente», le nombra en la manera siguiente: «Gaspar de Avila ha puesto, y pone, en el teatro muchas comedias, y todas de grande crédito para él y mucho provecho para los autores», con cuya voz, bien sabido es, se alude a los empresarios de teatro y no a los escritores. Finalmente, «Antonio Enríquez Gómez, en el prólogo de su poema *Sanson Nazareno* (Ruan, 1656) nombra con aprecio a Gaspar de Avila, al hablar de los poetas dramáticos que en Madrid fueron sus contemporáneos por los años de 1629 a 1632. No olvido, dice, a don Francisco de Rojas, ni a don Pedro Rosete, Gaspar de Avila, don Antonio Solís, don Antonio Cuello, y otros muchos que con acierto grande escribieron comedias». (16)

¿Vivía aún Gaspar Dávila por los días en que ese libro salía a luz? La frase que en él se le consagra no permite aseverarlo, aunque no puede haber duda de que estaba entre los mortales en 1645, puesto que en esa fecha le vemos aparecer como tal en el libro de las *Exequias* de la Reina de España compilado por León Pinelo; ni debía, por aquel tiempo contar sino unos 58 años de edad, y habría nacido, como parece desprenderse de aquella escritura en que recibe parte de su legítima paterna en 1617, no más allá del de 1586. El hecho es que no se sabe cuándo falleció, si bien, casi de seguro, pudo ver en letras de molde las que de sus comedias aparecieron en Madrid entre los años de 1650 a 1653, que son las siguientes:

El respeto en el ausencia;

El servir sin lisonja; El valeroso español y primero de su casa, las tres que vieron la luz pública en el primero de aquellos años.

El iris de las pependencias;

El familiar sin demonio;

La sentencia sin firma: que salieron en 1652; y *La dicha por malos medios*, en 1653.

De la que intituló *El Gobernador Prudente* no se conoce im-

16. Véase en la página 115 del tomo I de la *Historia de la literatura colonial de Chile*, de Medina, la nómina de esas comedias, con las reimpressiones que han tenido.

presión anterior al año de 1663, fecha en que apareció en Madrid incluída en la *Parte veinte y una de Comedias nuevas escogidas de los mejores Ingenios de España*; pero es de sospechar, y aun sería de afirmar, que ha debido de ser escrita quizás muy cerca de medio siglo antes, en los días que siguieron a la publicación del libro de Suárez de Figueroa que contiene la biografía de don García Hurtado de Mendoza, y todavía más, que su composición se debiera a las instancias del hijo de aquel personaje, que se hallaba empeñado desde muy poco después en reivindicar para la memoria de su padre las glorias que creía haberle escatimado Ercilla, y a cuyo intento buscó, y sin duda pagó, de una manera u otra, la cooperación de aquel célebre doctor y la de los más insignes autores de comedias que por esos días se disputaban los favores y los aplausos del público que concurría a los teatros de la corte, Vélez de Guevara, Mira de Amescua, Ruiz de Alarcón, honra de su patria, México, y gloria imperecedera de la escena española, sin exceptuar al más grande de todos ellos, Lope de Vega. Habría sido, pues, *El Gobernador Prudente* una pieza de encargo, y su ejecución y desarrollo prueban en todo y por todo que se trata, en efecto, de un alegato poético *ad probandum*. Avila se inspiró para la composición de su pieza, ante todo en *La Araucana* de Ercilla; se apoderó de muchos de los nombres de los araucanos cantados por el poeta y de algunos que aparecían como más conspicuos entre los españoles, haciendo girar unos y otros al lado de la figura del héroe principal, como séquito de planetas al rededor del sol, alterando, conforme le convenía a su plan, la verdad de los sucesos históricos, trabucando fechas, hasta incurrir en anacronismos que hoy nos parecen increíbles, pero de los cuales no podían percatarse, claro está, los que oyesen la representación de la comedia, tal como sucedería hoy mismo en España, si allí volviese a salir a la escena. En las notas que hemos puesto al reimprimirla, probaremos de manera que no puede caber duda,—lo esperamos,—que el poema ercillano y el libro del doctor fueron la fuente a que ocurrió Avila para hilvanar sus escenas, como lo fueron y no pudieron menos de serlo, de todos los que, junto con él, sacaron a las tablas la figura de aquel gobernador de Chile.

De la otra pieza dramática de Avila que interesa a nuestro tema, que compuso con el título de *El valeroso español y primero de su Casa*; disfrazando así el nombre de Hernán Cortés, ya queda dicho lo bastante en el prólogo.





EL GOBERNADOR PRUDENTE

COMEDIA FAMOSA DE GASPAR DE AVILA

Personas que hablan en ella:

Caupolicán	Valdivia, General	Rengo
Villagrán	Tucapel	Aguirre y soldados
Lautaro	Don Luis de Toledo	Colocolo
Bocafría	Guacolda	Don García
Fresa	D. Felipe de Mendoza	Reinoso
Fitón	El demonio	Música

JORNADA PRIMERA

(*Salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Lautaro*)

TUC.—¿Sabes, acaso, que soy
Tucapel?

CAUP.—¿Quién te lo niega?
Tu mismo nombre te doy,
pero en tu arrogancia ciega
poco de tu parte estoy;
¿cómo has de ser Capitán,
donde está Caupolicán?
Vive ese esplendor que adoro,
luminado en rayos de oro,
que aliento y vida nos dan
que quisiera...; pero nó,
que será en tu competencia
culpa el enojarme yo.

TUC.—La doméstica prudencia
que mi espíritu me dió
quiero exercitar aquí.
¿en qué has sido más valiente?

CAUP.—Escucha, y sabráslo.

TUC.— Di,
que ya escucho atentamente
tus arrogancias en ti.

CAUP.—Día y medio te llevé
de ventaja con la viga
que en mis hombros sustenté, (1)
tan opuesto a tu fatiga,
que a ti mismo te admiré.
¿No has visto, di, entre mis brazos

I. Primer antecedente que ocurre en comprobación de la imitación directa de *La Araucana*. En ésta se dice, ¹⁶ al hablar de la prueba de la viga,—de la exclusiva invención de *Ercilla*,

hecha una sierpe pedazos,
y con silvos, sin aliento,
desvanecido su intento
en sus retorcidos lazos?
¿Y no has visto mi buhío
entre dibujados soles,
a fuerza del poder mío
hecho en huesos de españoles
un cimiterio sombrío?
Cuando corro, ¿no es el bien
respiración perezosa
de acobardado elemento?
No está su región gloriosa
de que la ocupe mi aliento?
Y si tiro al blanco, di,
¿no has visto, estando tú allí,
que las saetas tiradas,
unas en otras clavadas
llegan desde el blanco a mí?
Pues siendo así, ¿en qué has fundado,
dime, el querer oponerte
al cargo que no te han dado?

bien se sabe,—entre los caciques que se disputaban el mando
(28-1-5) (1):

Tucapelo catorce (horas) lo sostiene.

Caupolicán comenzó la prueba al venir de la aurora, la continuó durante todo el día y la noche inmediata, hasta que el sol se dejó ver nuevamente, y aun por toda otra noche más: en total, 48 horas, de las cuales, restadas las 14 que le atribuye de duración al ensayo de Tucapel, dejaban, en realidad, 32 horas de ventaja a su favor; y de ahí el día y medio de que habla el autor de la comedia.

(1). Adviértase que las referencias que hagamos al poema corresponden a nuestra edición, y que el primer número de las citas responde a la página, el segundo a la estrofa, y el tercero al verso.

TUC.—En que siendo menos fuerte,
puedo ser más esforzado;
y puedo en esta ocasión
oponerme a la elección:
que tú bien puedes tener
en más fuerza más poder,
y yo mejor corazón;
el emprender una hazaña
es valor que nunca engaña.

CAUP.—Si hoy se vieran convertidas
en almas, cuerpos y vidas,
las piedras desa montaña,
ó a las arenas del mar
se pudieran trasladar,
me verías revolver
contra su inmenso poder,
sin temer y sin dudar.
Baje en forma de escuadrón
la imperiosa exhalación
de la esfera, y verás luego
contra ejércitos de fuego
embestir mi corazón.

TUC.—Necio, y arrogante estás.

CAUP.—Y tú envidioso y altivo.

RENG.—¿Qué intentas? ¿a dónde vas?

CAUP.—Suelta, Rengo.

RENG.— Vengativo
a tus enojos te das.

TUC.—Aparta, Lautaro, y di
que llegue, y verás aquí
esa arrogancia resuelta
en bajo espíritu envuelta
tributarme sangre a mí.

(Sale Colocolo, viejo).

COL.—¿Qué es esto?

CAUP.— A ti solamente,

Colocolo, en mis acciones

te respetaré obediente

por tus discretas razones

y por tu saber prudente.

En cuanto boja y termina

por el ámbito araucano

esta región de la China,

hace tu sér soberano

tu militar disciplina.

COL.—¿Por qué reñís?

CAUP.— Porque quiere

Tucapel ser capitán,

y a mi valor se prefiere.

COL.—¿Contra ti, Caupolicán?

Será en vano cuanto hiciéres

con el líbano nudoso (2).

2. En el poema se indica (27-3-3) que el troncón que sirvió para la prueba

Era un macizó *libano* fornido.

Por efecto de una metonimia, Ercilla designó en este verso y en otros lugares de *La Araucana* al pino con el nombre del monte Líbano, que está poblado de ellos; formando un sustantivo que no se halla en el léxico. Es frecuente encontrar designado de la misma manera a ese árbol, tanto en los poetas como en los prosistas.

González de Nájera (*Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, p. 28); al ocuparse de los de esa especie que existen en el país, dice: «Los árboles dignos de verse son los *líbanos*,» que describe en seguida, dejando entender que se trata de la *araucaria imbricata*, que produce los gustosos piñones de esta tierra.

sustentando el grave peso;
su espíritu ventajoso
te excedió.

Tuc.— Yo lo confieso;
pero no es más valeroso:
que partes distintas son
las manos y el corazón.

COL.—Tú eres parte interesada,
y aquí es ya ley observada
la popular opinión;
a ser acertadas vienen
las elecciones que tienen
aprobación general,
supuesto que es causa igual
en la que todos convienen.
Doce mil indios tenéis
a la vista, y si queréis
saber lo que determinan,
y a cual de los dos se inclinan,
escuchad y lo sabréis.
¿Quién ha de ser capitán
de Arauco?

Todos (*dentro*).—Caupolicán.

COL.—¿Qué dices?

Tuc.— Que convencido
me ha dejado el alarido
desos bárbaros, que están
ignorantes del valor
de mi pecho.

COL.— Tucapel,
cuando es la suerte inferior
por causa ajena, ay! de aquél
que persevera en su error!
Vosotros, Lautaro y Rengo,
¿que decís desta elección?

RENG.—Por acertada la tengo;

y en fe de su aprobación
a obedecer me prevengo.

LAUT. —Y yo digo, Colocolo,
que Caupolicán es solo
quien vivirá eternamente
en el disunto Occidente
por el contrapuesto Polo.

COL. —Pues ahora que tenéis
Capitán, con quién logréis
vuestros altivos intentos,
escuchad todos atentos,
como otras veces lo hacéis.
Bien sabéis que siempre ha sido
esta república nuestra
la que en Chile ha florecido
fuerte, política y diestra,
después que le habeis regido;
porque como un cuerpo humano
con imperio soberano
tiene siempre un corazón,
también en esta región
lo es este valle Araucano.
Y supuesto que os ha hecho
el Sol parte superior
en este oprimido pecho,
del arrogante Español,
sacudid el yugo estrecho.
Por la escuela militar,
de su ejercicio sabéis
los modos de pelear,
sin el valor que tenéis,
que éste no se puede dar.
Y pues ellos mismos son
los que os han dado lición,
decorad contra sus vidas
las penetrantes heridas

de su sangrienta instrucción.
 Tiempo hubo en que pensabáis
 que eran dioses los Cristianos (3),
 y disculpados estabáis,
 pero ahora no, Araucanos,
 que sabéis lo que ignorabáis.
 Hombres son, y como tales
 codiciosos y mortales,
 pues vemos que heridos mueren,
 y que sedientos adquieren
 nuestros preciosos metales.
 Pues hombres sin más virtud
 que una hidrópica inquietud
 y un ambicioso adquirir;
 ¿por qué os han de reducir
 a mísera esclavitud?
 Si el Sol nos da dependencia
 de su esclarecida lumbré
 a todos; ¿por qué sentencia
 a tan baja servidumbre
 nos condena su inclemencia?
 Tributarios deven ser
 los que viven sin poder;
 pero? podránlo negar
 los que saben pelear,
 y los que saben vencer;
 Invencibles Araucanos,

3. Concepto copiado de *L. Araucana* (21-1-1):

Por dioses, como dije, eran tenidos.

Aludiendo González de Nájera sin duda a ese verso, dijo:
 «Para lo cual no debió de ser bastante causa, a mi parecer, el
 haberse desengañado [los indios] de que los enemigos que los
 oprimían eran hombres mortales como ellos, y no dioses, se-
 gún refiere don Alonso de Ercilla, que fueron tenidos en el
 principio por tales...» *Desengaño*, etc., p. 85.

acaudillad vuestras manos,
haced imperio absoluto
contra el inferior tributo,
que os imponen los Cristianos.
Valor tenéis: pelead,
y que pretenden, mirad,
estatutos extranjeros
domesticar a sus fueros
vuestra exempta libertad:
que oponiendo a sus rigores
vuestros brazos vencedores,
ser podréis desde este día
desta opresa Monarquía
valientes restauradores

CAUP.—Con admiración atento
tus razones me han tenido
y en mi ardiente sufrimiento
parece que han infundido
nueva sangre, y nuevo aliento,
y tanto el mío apetece,
que en esta conspiración
a nuevos mundos parece
que aspira mi corazón
y en sí mismo anhela y crece.
Si desas vislumbres puras
somos igualmente hechuras
en el morir y nacer;
¿en qué fundan su poder
criaturas contra criaturas?
¿Qué privilegio les dió
esa Antorcha universal,
que quieren que sea yo,
siendo en el valor igual,
tributario, y ellos nó?
No siento yo su osadía,
sólo el menosprecio siento

de su endiosada porfía,
 y de su sangre sediento
 tengo de verter la mía.
 Y por Eponamón (4) juro,
 que en Chile no ha de tener
 Valdivia lugar seguro,
 sin dejarle mi poder
 alma en cuerpo, y piedra en muro.

TUC.—Pon de mi parte al matar
 tanto número de vidas
 en llegando a pelear,
 que me sobren las heridas,
 sin tener a quien las dar.

RENG.—Tucapel, Rengo está aquí,
 y supuesto que nací
 también a ser poderoso,
 no permitas que ande ocioso
 viéndote matar a ti:
 no me pienso contentar
 menos que con ir a España

4. En la «Declaración de algunas cosas» que había de ofrecerse en el curso de la obra, que Ercilla puso entré los preliminares, incluyó a Eponamón, definiéndolo así: «Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente a cumplir lo que prometen»

Conforme a estos dictados, Ercilla hizo figurar a Eponamón en seis pasajes del poema, que sería ocioso recordar aquí, y, para no citar más de obras históricas, añadiremos que dióle también cabida Pedro de Oña en su *Arauco domado* (Cantos II y IV), y que tal deidad infernal fué aun a repercutir en el hemisferio americano del norte, donde Villagra en su *Conquista de la Nueva México* le nombra. Más aun: en la propia *Cristiada* del P. Hojeda se le hace aparecer en estos términos:

Ni Eponamón, indómito guerrero,
 Navorte antiguo del Arauco fiero.

a rendir y conquistar (5).

LAUT.—Dadle, pues, en esta hazaña
a Lautaro algún lugar;
mas no importa, del poder
tomáis el encarecer,
que es de vuestro fuego el humo,
pero yo, que no presumo,
sin decir, tengo de hacer.

COL.—Haz la ceremonia usada.

CAUP.—A eso voy; aquí esperad.

COL.—Noble Arauco, patria amada,
pedid al Sol libertad,
pues dél estáis reservada.
Ya con varios instrumentos
se mueven todos contentos
a celebrar la vitoria
desta aun no adquirida gloria
en fe de vuestros intentos.

Musicos indios.

Mus.—A la luz de la luz del Sol,
que sus rayos nos darán;
Caupolicán.
A la aurora del alma del día,
que en Arauco resplandece
y a darnos vida amanece
con tan fuerte capitán
Caupolicán

5. Este propósito, tan característico de la arrogancia araucana y que el autor pone en boca de Rengo, aparece en el poema como expresión de la resolución de los indígenas después de su victoria en Tucapel. Así, dice Ercilla (55-2-4):

Querían pasar la vuelta de la España.

La figuración de Rengo se produce en el poema mucho más adelante del momento en que Ayila la supone.

(*Caupolicán arremangado el brazo y un indio con una bacia de plata llena de algo que parezca sangre*).

CAUP.—Valentísimos soldados,
esta es mi sangre, bebed;
aunque sois tan esforzados,
que quedarán con más sed
vuestros pechos conjurados;
bebe Tucapel.

TUC.— Ya bebo.

CAUP.—Mezcla tu sangre y la mía,
que con esta unión me atrevo
a que en esta Monarquía
veáis otro Imperio nuevo.
Vosotros, Rengo y Lautaro,
bebed, porque al mundo déis
materia de ejemplo raro (6),
y en mi sangre vinculéis
más esfuerzo y más amparo.

LAUT.—Todos habemos bebido
y todos te apellidamos
capitán constituido.

LAUT.—Si a lo español peleamos
con un escuadrón lucido,
con su forma y su concierto,
su abreviado fin es cierto,
porque yo tengo guardadas
las armas y las espadas

6. Esta frase de *dar al mundo materia de ejemplo* es también trasuntada del lenguaje de Ercilla: *verbi gratia*, al decir (524-3-5):

Materia de maldad al mundo diste.

de los cristianos que he muerto, (7)
y nos habemos de armar.

COL.—Y yo me voy a informar
del fin que habéis de tener.

CAUP.—Que Dios te ha de responder,
¿qué lo vas a preguntar?

COL.—En este oscuro buhío,
lóbrego, estrecho y sombrío,
tiene el mágico Fitón
su encubierta habitación (8).

(Entra Colocolo por una cueva).

TUC.—Entra.

CAUP.—Con mi poderío
consulta con fe más pura
la interpretación futura,
que sólo para el vencer
son el valor y el poder
la Mágica más segura.

7. El hecho es perfectamente explicable cuando se sabe que se apoderaron de las de los españoles que perecieron en Tucapel y en la derrota de la cuesta de Marigüeñu. Ercilla asegura aún, que en la lucha que en ésta tuvo lugar fué digno de notarse en cierto momento «el presto batir de las espadas» de ambos bandos, y así lo había declarado también antes al hablar en general de las armas de los indígenas (6-5-1,2):

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora.

8. Altera aquí el autor la verdadera figuración que le corresponde en el poema al mágico Fitón. Este no vivía en un rancho, *ruca* o buhío, sino que «hacía su habitación» en una cueva. En realidad de verdad, Avila ha tomado a Fitón por el Puchecalco del poema, como luego lo veremos.

(Colocoto y Guacolda por la cueva).

COL.—Resplandeciente deidad,
¿quién eres?

GUAC.— Guacolda soy.

COL.—Qué haces aquí?

LAUT.— Esperad.

TUC.—Espérate tú, que estoy
aquí yo, y a su beldad
sabes que vivo inclinado.

LAUT.—Tucapel: Guacolda es mía,
que a mí palabra me ha dado
de ser mi esposa.

TUC.— Sería
cuando ignoró mi cuidado,
Lautaro; pero ya nó.

CAUP.—¿A cuál vives inclinada?

GUAC.—De los dos me hallo
tan igualmente obligada,
que mi voluntad me dió
licencia para saber
con cuál dellos ha de ser
mi casamiento dichoso,
más dilatado y gustoso,
sin pensar, ni padecer.
Y dice Fitón que tiene
Lautaro tan corta vida, (9)
que ya en su amor me previene
una esperanza oprimida
de un fin que tan cerca viene;
y pues con él cierto es

9. Esta predicción de Fitón es puramente obra de la fantasía del autor: el vaticinio de la corta vida de Lautaro procede en *La Araucana* del sueño de Guacolda, de que en la propia comedia se hace caudal más adelante.

que es tan breve el interés
del bien. con no me casar
quisiera agora excusar
lo que he de llorar después.

CAUP.—Desto sirven solamente
estos falsos agoreros;
en la mujer más prudente
hallan siempre sus agüeros,
fe de verdad aparente.
Sólo al inmenso poder
del Sol debemos creer,
como Autor divino y grave; (10)
porque, a saber lo que él sabe,
le igualara en el poder.

LAUT.—Ya el Mágico sale.

10. Tal tirada relativa a los agoreros araucanos, procede, asimismo, del poema, donde expresamente y con cierta extensión se trata de ellos en términos bastante prolijos. Véase cómo comienza la descripción que les concierne (II-2):

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia a que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros,
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran a los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Pero erró ya del todo el autor de la comedia al suponer que los araucanos profesaban el culto del sol, por haberse apartado de lo que al respecto hallaba escrito en el poema (II-4-1,2):

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados.

La supuesta adoración al astro del día atribuída aquí a los araucanos,—apenas necesitamos decirlo,—la tomó Avila de las creencias incaicas.

(Sale Fitón).

CAUP.—¿De quién has sabido, di,
el breve fin de Lautaro?

FIT.—P or mi ciencia lo sé claró.

CAUP.—También desta suerte a ti
te puedes pronosticar
la vida que has de tener
y en el fin que has de parar?

FIT.—Ya lo sé.

CAUP.— Y pudiera ser
que eso viniera a faltar?

FIT.—Posible será que falte
dese estrellado artesón
el iluminado esmalte,
y, rota su proporción,
desencuadernado salte
de sus dos quicios, primero
que pueda faltarme en nada
mi juicio tan verdadero.

CAUP.—Que está tu ciencia engañada
en mucho probarte quiero;
dime el número fatal
de tu vida, y sea cabal.

FIT.—Diez años he de vivir
ahora y de morir
de mi muerte natural,
porque así lo determina
la estrella que se me inclina. (*Dále*).

FIT.—Muerto soy.

COL.— ¿Por qué le has muerto?

CAUP.—Porque veáis que es incierto
quanto dice y adivina.
Mintió este bárbaro bruto,
pues terminaba absoluto

lo futuro de su ciencia:
¡lo que va de diferencia
de diez años a un minuto!
Y sus errores aquí
se han calificado así,
porque, siendo verdadera,
su muerte en mis manos viera
y se apartara de mí. (11)

LAUT.—Supuesto que éste mintió
en cuanto dijo, la mano
de esposo te pido yo.

TUC.—Otra vez digo, que en vano
lo intentas, que no crió
el cielo a quien se la dé
si está Tucapel delante.

GUAC.—Confusa estoy: ¿que haré,
que uno y otro es arrogante?
Mas yo lo remediaré.
En una misma igualdad

II. Fitón, en la máquina de la epopeya, no perece. Cumplida la intervención que el poeta quiso concederle, y de que necesitaba para sus propósitos, figura por última vez después que le ha dejado ver en aquella bola transparente maravillosa la pintura del mundo, y, concluida la visión, acompaña al poeta hasta dejarle en el derecho camino que había de seguir para encontrar a su gente.

Avila ha confundido, como decíamos, a Fitón con Puchelco: éste aparece en el consejo celebrado por los caciques para resolver lo que debía emprenderse después de la destrucción de Concepción que siguió a la victoria que habían obtenido en Mariguenu, y como sus pronósticos fuesen desfavorables a la causa indígena, rabioso por ello, Tucapel le mata con un golpe de su maza (128-3). En la comedia el matador es Caupolicán, a quien se hace desempeñar, así, una intervención ajena a su carácter reportado, e inconveniente a su puesto de jefe de todo el estado araucano.

en mi pecho juzgo, y veo
mi gusto y mi voluntad,
y no hallo en mi deseo
distinta capacidad
para poder elegir;
y así pienso remitir
a méritos del valor,
lo que en otras el amor
suele tal vez diferir.
Vivir puedo disgustada
si esta elección sale errada,
y no quiero yo haber sido
la causa, pues no he tenido
intención determinada.
El que con mayor hazaña
se mostrare poderoso
a las injurias de España,
ese elijo por mi esposo.

TUC.—Por el Sol, que ha sido extraña
tu ignorancia; ¿quién podrá
competir mi valentía,
sino es nuestro Capitán?

LAUT.—A eso te responderán
estos brazos algún día.

CAUP.—Si en eso dudosa estás
darle la mano podrás
a Tucapel con más gusto.

LAUT.—Eres, Capitán, injusto
y si no te digo más
es...

CAUP.— Porque yo te matara.

LAUT.—En tanto que militara
tu Estandarte, bien pudieras
intentar cuanto quisieras,
que en todo te respetara;
pero, pues libre nací,

a ser me voy desde aquí
de parte de los cristianos,
y examinarás mis manos
para ver lo que hay en mí.
Y si es que lo menos soy
de vosotros, poco os quito
con el disgusto que os doy;
y sólo a mí me acredito, (12)
pues a los menos me voy.
Mas solamente he sentido,
que voy a ser tu contrario
cuando tu sangre he bebido,
porque eres tan temerario,
que has de decir que ha nacido
de tu sangre mi valor.

GUAC.—¡Detente! ¡Caupolicán! (*Vase*).

CAUP.—Mal sabes mi pundonor;
sus débiles fuerzas van
al castigo de su error;
hombres nos han de saltar
que rendir y que matar;
y en él cuando peleémos,

12. Puro remedo es esta observación de lo que Ercilla había expresado al contemplar el hecho de que el antiguo paje de Valdivia se pasara a los de su patria en los momentos en que vió perdida para ellos la batalla de Tucapel. En el poema se reflexiona así (48-4-1 a 4):

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leído,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase a la contraria del vencido?

La resolución que Avila atribuye a Lautaro en las circunstancias que la pinta es absolutamente contraria a los hechos, y tan alambicada, que en nadie puede infundir el menor asomo de verosimilitud; y, de ahí, que su vuelta más tarde al campo araucano resulte no menos antojadiza y falsa.

una vida más tenemos
de quien podemos triunfar,
y tú a Tucapel darás
la mano, y te casarás
con el que más te merece.

GUAC.—Porque se me va, parece
que le voy queriendo más.

CAUP.—Valientes restauradores
de Arauco, Valdivia muera
con todos sus valedores,
que hoy la fama nos espera
contra España vencedores.

MUS.—A la luz de la luz del Sol
que sus rayos nos darán
Caupolicán. (VANSE).

*(Valdivia con bastón de general, Villagrán, Aguirre
y soldados).*

VILLAG.—Señor Valdivia: esto siento.

VALD.—Yo no, señor Villagrán,
que debo al ser Capitán
General, con mucho asiento
elegir y consultar;
demás de que puede ser
muy dañoso el emprender,
donde importa el conservar.
Los indios ya rebelados
son infinitos y son
los de Arauco, en mi opinión,
valentísimos soldados.
Y habemos de salir mal,
si esforzamos este error,
siendo tanto su valor,
y el número desigual.

Porque si acaso perdemos
la victoria desta guerra,
quedan en su misma tierra,
y nosotros no podremos,
que no nós puede quedar
poder para resistir,
y es infalible el morir,
siendo fuerza el pelear;
Y así me parece a mí,
que si el Marqués de Cañete
envía, como promete,
el socorro que pedí, (13)
que esperemos defendidos,
no embistiendo aventurados,
que principios arrojados,
prometen fines perdidos
Y con más gente y poder,
si bien es menor la gloria,
es más cierta la vitoria,
y más cuerdo el resolver:
esto es lo que me parece.

VILLAG.—A mi nó, si he de decir
lo que siento, y argüir
cón lo que aquí se me ofrece.
Los indios confederados
con nosotros siempre están
en su fuerza, y sólo van
creciendo los rebelados.
Y si agora al empezar

13. Aserción de un anacronismo manifiesto; pues el Marqués de Cañete sólo vino a llegar al Perú a mediados de 1556, esto es, cerca de dos años y medio después que Valdivia era fallecido. El socorro que se pidió fué solicitado por las ciudades de Chile precisamente cón motivo de la muerte de aquel gobernador y dé haberse producido en el país los desastres que le siguieron.

no conocen bizarría
en nosotros, cada día
hemos de minorar
de nuestra parte el poder,
cuando el suyo va creciendo:
que nunca el entrar temiendo
fué bueno para el vencer.
Demás que puede faltar
el socorro que esperamos
y siendo así, ¿qué sacamos
de habernos visto esperar?
Mostramos con la intención
la flaqueza del poder,
y nos ha de acometer
con mayor resolución.
Al castigo de su intento
podremos ser ayudados
de muchos confederados
con la fe del vencimiento.
Y si socorridos, no
han de advertir cuidadosos,
que estamos menesterosos
de aquello que nos faltó:
esto me parece a mí.

AGUIR.—Y a mí también me parece
lo mismo.

VALD.— Sólo merece
ese buen animo aquí,
por la parte del valor,
ser respetado y creído.
Y aunque tengo conocido
en el peligro el error,
quiero que se eche de ver
resuelto ya a pelear,
que supe considerar,
cuando no pude temer.

Bien sé que voy a morir
pero más quiero animoso
perderme por valeroso,
que con razón persuadir.
Que aunque excusarlo podía,
si en vuestra opinión os dejo,
lo que es prudencia y consejo
pasará por cobardía.
Y así, aunque el daño aprehendo,
el riesgo considerando,
voy a acabar peleando,
por reduciros muriendo. (14)

14. Esta plática, que el autor supone haber ocurrido entre Valdivia y sus dos capitanes Aguirre y Villagra, es del todo absurda ante la verdad de los hechos: Villagra, en los días que precedieron a la batalla de Tucapel, se hallaba en una expedición de descubrimiento al sur de Valdivia, de tal manera que la noticia de ese hecho de armas le sorprendió cuando andaba en aquellas partes; Aguirre ni siquiera estaba en Chile entonces, pues se encontraba en su gobernación de Tucumán.

Hubo consejo; ciertamente, antes de la batalla, pero se verificó, al decir de Ercilla, entre Valdivia y algunos de los «mozos livianos» que le iban acompañando (de donde proviene el calificativo de «verde» con que el poeta calificó aquella plática); ni tampoco se escapó ni por un momento al antiguo soldado de las guerras de Italia que las circunstancias eran del todo adversas para librar a la suerte de las armas el resultado de la jornada; de ahí, que el poeta dijera hablando de Valdivia (42-5-5 a 8):

Vas a precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio lo entendiste:
Pero quieres perder antes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.

Tal es, pues, el origen de esta exclamación de Valdivia en el texto de la comedia.

(*Lautaro*).

LAUT.—Dame, Valdivia, los piés.

VALD.—¿Quién eres?

LAUT.— Lautaro soy,
que ya de tu parte estoy
por un honroso interés.
Todo Arauco conjurado
te busca, y Caupolicán
electo por Capitán,
injusto y precipitado,
con injurias ofendió
mi inculpable valentía,
y hoy de tu parte querría
vengarme en sus vidas yo.
Tu soldado soy; pelea,
y contra los araucanos
libra en golpes de mis manos
cuanto la tuya desea,
que aunque tu fuerte escuadrón
de la esfera el movimiento
traslada al fogoso aliento
de su ardiente exhalación,
cuando quiera amenazarte,
menos es la causa ya,
pues ya de su esfera está
este rayo de tu parte.

VALD.—Y yo por el Rey de España
el buen celo te agradezco,
y de su parte te ofrezco
el premio de tal hazaña.

LAUT.—Haz que toquen a embestir,
que ya pelear deseo
y por aquel monte veo
vuestras armas relucir,

porque son las que han tomado
a los cristianos que han muerto. (15)

VILLAG.—De tu valor estoy cierto,
que contigo he peleado,
con Lincoya y Ascalpi, (16)
y puedo decir por Dios,
que en ninguno de los dos
conocí el valor que en ti.

VALD.—¡Al arma, al arma! soldados.

LAUT.—Hoy veréis, aunque me exceden
vuestros brazos, cuanto pueden
injurias de enamorados. (*Vanse.*)

(*Por un monte Caupolicán, Tucapel y Rengo, con petos y morriones; Fresa, mujer de Caupolicán, y Guacolda.*)

CAUP.—Desde este monte podrás
con Fresa, (17) mi amada esposa,
segura, Guacolda hermosa,

15. Repite aquí Lautaro lo que había expresado antes en la escena segunda de este mismo acto:

porque yo tengo guardadas
las armas y las espadas
de los cristianos que he muerto...

16. Ascalpi no es nombre araucano y débese a la imaginativa del autor de la comedia.

17. Recordaremos que, tanto en *La Araucana* como en el *Arauco domado* de Pedro de Oña, la mujer de Caupolicán figura con el nombre de Fresia, de seguro no araucano. Avila lo españolizó más, adaptándolo a una voz corriente en nuestra lengua, al cambiarlo en Fresa, cambio acertadísimo en cuanto a su valor lexicográfico, y que, acaso, acaso, en tal significado lo empleara Ercilla, poetizándolo y haciéndolo más eufónico por el agregado de la *i*. Si tal versión pudiera estimarse de algún valor, vendría a allanar muchas cavilaciones a los que han tratado de buscar a ese nombre su significado en araucano.

König hizo notar ya que el nombre que Suárez de Figue-

ver la guerra, (18) y nos verás
con sangre de sus heridas
borrar el necio estatuto
y el impaciente tributo
que nos imponen sus vidas.
Y si las almas no fueran
invisibles, desde aquí
viendo su castigo en mí,
ver vuestros ojos pudieran
que a fuerza de mi valor
las envía mi impaciencia
a dar al Sol residencia
de su evangélico error.

FRES.—Sólo a ti, querido esposo,
te deberá con razón
su libre restauración
el Araucano glorioso.

roa da a la mujer de Caupolicán es Gueden, que Carvallo y Goyeneche cambió en Guden.

18. Esta invitación a «ver la guerra» encuadra perfectamente con la usanza araucana de antaño de que las mujeres asistiesen, aunque de lejos, a las batallas en que peleaban sus compatriotas, en espera del saqueo de los despojos que había de seguir al triunfo, siempre esperado. Ercilla pinta en estrofas llenas de realismo semejante hecho, que tuvo origen, según asevera, de lo que ocurrió cuando los españoles fueron vencidos en su intento de repoblar por primera vez a Concepción (160-5-7,8):

De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir también mujeres a la guerra.

El P. Ovalle (para no citar otros testimonios) daba más tarde fe del mismo hecho: «Son las mujeres chilenas [arau-canas] tan varoniles, que, tal vez, cuando importa y hay falta de hombres, toman las armas, como si lo fueran...». Tomo I, p. 163 de nuestra edición.

Hijo de Leocán valiente, (19)
más eres de mí querido,
cuanto más veo encendido
tu espíritu inobediente
al fuero de los cristianos.
Mata, animoso guerrero,
que tierna y amante espero
tus ensangrentadas manos,
que en tal altivas empresas
hallarás en mí después,
por cada herida que des
mil ternísimas finezas.
Y en valentía y amor
nos iremos compitiendo,
tú matando, y yo queriendo
con terneza y con valor.

CAUP.—Perdóname, Fresa mía,
que no te doy mil abrazos,
porque son tiernos tus brazos,
y no los permite el día.

GUAC.—Una merced me has de hacer
en secreto.

CAUP.— Di, ¿qué quieres?
Habla.

GUAC.— Si a Lautaro vieres
rendido a tu gran poder,

19. Aserto que procede de Ercilla, quien dijo al respecto lo siguiente: «Caupolicán fué hijo de Leocán». Tal perífrasis era perfectamente ajustada a lo observado antes en el estilo de la epopeya: a Ulises, le llamaba Homero el hijo de Peleo; Virgilio a Eneas, el hijo de Anquises, etc.

El poeta se aprovechó en varios pasajes de la advertencia que había tenido cuidado de estampar, y cuya supresión en tantas ediciones del poema ha sido causa de que no se entiendan ellos cuando alude simplemente al «hijo de Leocán».

no le mates.

CAUP.— ¿Luego, ya
más le quieres?

GUAC.— Sólo sé
que después que se me fué,
tras él el alma se va,
y ya en el poder me excede;
porque es siempre en la mujer
lo que más quiere tener
aquello en que menos puede.

(Toquen una caja).

CAUP.— Bajemos a pelear.

TUC.— Sí, que el son de aquella caja
parece que nos ultraja.

RENG.— Compuesto empieza a marchar
su escuadrón.

TUC.— Guacolda mía,
también me apercibe el bien
de tus brazos, que también
lograré matando el día. (VANSE).

FRES.— ¿Qué le decías ahora
a Caupolicán aquí
con tanto recato? Di.

GUAC.— Que a Lautaro el alma adora.

FRES.— Pues yo, Tucapel creía
que era el más favorecido.

GUAC.— Siempre se han correspondido
su voluntad y la mía:
ausente a Lautaro veo,
y presente a Tucapel;
y así tiene ya con él
menos que hacer el deseo,
que como fácil está,
menos a su amor me ajusto,

porque el deleite del gusto
a lo difícil se va.

CAUP.—¿Qué será bueno que hagamos?

TUC.—Si es parte del vencimiento
anticipar el intento,
que a recibirlos salgamos.

CAUP.—¡Viva Arauco!

TUC.— ¡Muera Español (*Vanse*).

GUAC.—Ya, Fresa, a mi parecer,
llegó la hora sangrienta,
y el eclipse de dos sangres
sin Sol, ni Luna en la tierra;
ya se juntan los cristianos,
y ya los nuestros se llegan;
y, abriendo puerta a la muerte,
se determinan y yerran.
Mira cómo ya las cajas,
formando en el viento apriesa
no articuladas razones,
dicen su intento sin ellas.
Mira tu valiente esposo
hecho círculo de esfera,
causando mortales sombras
con luz de vivas centellas;
pero en los cristianos crece
la confiada soberbia
que parece que su crisma
del peligro los reserva.
Válgate el Sol.

FRES.— ¡Ay de mí!

GUAC.—Erróle el golpe; no temas
que es diestro Caupolicán,
y metió el reparo apriesa,
como al jabalí espumoso
le circundan y rodean,
y feroz él y ejecutivo,

dardos rompe y lanzas quiebra.
Por su valor juzgan todos
de su aliento y de sus fuerzas,
que es la parte superior,
y rendir lo más intentan.
¡Ay, Lautaro de mi vida!
cómo se ve en tu fiereza,
que agraviado te ofendiste,
y que ofendido peleas!
El y tu esposo se juntan,
y aunque enemigos se encuentran,
con furia indeterminada,
parecen que se respetan.
Ya crecen los alaridos,
y el cielo a sus voces tiernas,
de condolido y piadoso,
se esconde entre nubes densas.
Ya caliginoso el aire
que por sí mismo alimenta,
de confuso no respira
y entre las voces se queda.
Hasta las almas parece,
según van saliendo apriesa,
que a los últimos acentos
de sus palabras se niegan.
Mas, ¡ay triste! la fortuna
parece que ya resuelta
por los cristianos, pronuncia
contra Arauco la sentencia.
(Dentro:) ¡Victoria! ¡España!

*(Villagrán, Aguirre y Lautaro, retirando a Tucapel y Rengo;
y quede solo Lautaro).*

LAUT.—

¡Tiranos!

De mi Guacolda y mi honor
agora veréis mejor,

si tenéis mejores manos;
qué presto vais de vencida!
pero yo ¿qué intento aquí?
¿Qué dirá el mundo de mí,
si por mí queda ofendida
mi patria? Un enojo leve
me ha de hacer, que vengativo
a Chile deje cautivo?
¿Qué tigre el pecho me mueve?
Ya la sangre que bebí
de Caupolicán parece
que en mi pecho se estremece
y está volviendo por sí.
¿A dónde vais, araucanos?
¿Cómo así queréis perder
la libertad y el poder?
Volved contra los cristianos; (20)
volved, que Lautaro soy,
de vuestra infamia corrido,
y en mi enojo arrepentido.

(*Caupolicán y Tucapel*).

CAUP.—¿Qué me quieres, que aquí estoy?

LAUT.—Qué volvamos a embestir

20. En esta desmayada arenga, que concurre a hacer de pésimo efecto la circunstancia de que el propio héroe atribuya sus impulsos a la sangre de Caupolicán que bebió, ¡cuán distante está, por todo, de acercarse siquiera a la del poema! De ella no hay más trasunto,—y único también aceptable—que ese ¡Volved! sacado de *La Araucana* (47-5-5:

Volved, no rehuséis tan gran vitoria.

Es el mismo verbo que Ercilla repite, asimismo, en la arenga de doña Mencía de los Nidos) III-1-7; II-2-1 y 7):

¡Volved, que a los honrados vida honrada
Les conviene..

¡Volved, no vais así desa manera..

¡Volved, volved, gritaba, pero en vano..

contra Valdivia, afrentados
de que tan pocos soldados
hoy os hayan hecho huir.

CAUP.—De tu valor satisfechos,
te seguimos todos ya:
tuya Guacolda será.

LAUT.—Y tuyos también mis hechos. (*Vanse*).

GUAC.—Pues ves lo que aquí ha pasado,
no es menester informarte
de que está en aquella parte
mi corazón bien fundado.
Mira ya qué diferente
se nos muestra la Fortuna:
a los de Arauco oportuna,
y a los de España inclemente.
Ya en el uno y otro bando
van con diferente estruendo:
los vencedores huyendo,
y los vencidos matando.

FRES.—Declarada está la gloria
por nosotros; bien podremos
bajar sin miedo

GUAC.— Bajemos.

(*Dentro:*) ¡Victoria! ¡Arauco! ¡Victoria!

(*Caupolicán con la cabeza de Valdivia en la mano; Lautaro,
Tucapel y Rengo*).

CAUP.—La victoria se te debe,
Lautaro, tú tuviste,
pues que volvernos hiciste,
con exhortación tan breve.

LAUT.—La causa ha sido el valor
que con tu sangre bebí,
y así té debes a ti
lo que hice en tu favor,
que de mi parte quería

vengar mis injurias yo,
y en la ocasión me mudó
la sangre que no era mía.

CAUP.—Desde hoy eres mi teniente. (21)

GUAC.—Y desde hoy también mi esposo.

TUC.—A pecho tan valeroso
le cedo gustosamente
la esperanza y el intento.

LAUT.—Siendo así, con esta mano
quedo en el valle Araucano
premiado, alegre y contento.

CAUP.—¿Qué miras, Fresa? Esta es
la cabeza funeral
del ya muerto General,
tan fundado en su interés,
que a todo Chile afligió
con uno y otro tributo,
y así vino a dar el fruto
que en sus obras cultivó. (22)

21. Frase y concepto copiados de Ercilla, aunque sólo a medias, pues que, según éste, además de su teniente, le hizo capitán (57-1):

«Y, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto,
(Que así el valiente mozo era llamado):
Yo por remunerarle en algo desto,
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque a tal deuda insuficiente,
Le hago capitán y mi teniente.

22. Hácese aquí eco el autor de la imputación, tan grave al par de injusta, que se ha pretendido echar sobre el nombre de Valdivia, culpándole de desenfrenada codicia, que tal es, cabalmente, el lunar histórico de que adolece *La Araucana*. ¡Sabe Dios quién daría al poeta tan errada información!; pero que, de seguro, no pudo ser sino enemigo de aquel hombre, que nada quería para sí y todo para la empresa de fundar un estado español en este rincón de la tierra americana. El

padre, virrey de aquel país. De la prudencia usada en su gobierno por don Andrés da testimonio amplio Ercilla en las primeras estrofas del canto XIII, en una de las cuales (214-4-1,2) se lee:

Deshechos, pues, del todo los ñublados
Por el audaz Marqués y su prudencia.

Hacer sacrificio quiero
de ella a nuestro Eponamón,
por víctima y oblación
deste devoto hemisferio:
en esta parte ha de haber
una piedra espiritada

*(Abranse unas puertas de yedras arriba, donde ha de estar un
peñasco con un sol dorado en medio).*

porque es arrogante y piensa
que os ha de poder domar.

CAUP.—Lucero del Sol hermoso,
de parte mía le dí,
que antes moriré, que aquí
pueda nadie poderoso
introducir por sí mismo,
supuesto que nos engaña,
los tributos para España,
ni la crisma del bautismo;
y en fe de aquesta verdad
todos a prevenir vamos
la defensa, y la juramos.

DEM.—Araucanos, pelead
contra el orgullo español,
y conspirad, brava cisma,
que la verdadera crisma
es tener contento al Sol.
Tanto apetezco su daño,
que aunque son mi habitación
tinieblas y confusión,
vestido de luz engaño.

(Vuélvase a meter en el peñasco y ciérrese).



JORNADA SEGUNDA

(Don Luis de Toledo, Villagrán y Bocafría).

VILLAG.—¿Qué tiempo podrá tardar?

D. LÜ.—Poco que ya le dejé
a la vista del lugar
cuando yo me adelanté
a solamente avisar.

VILLAG.— Justamente decir puedo,
señor don Luis de Toledo,
que nadie logrará el día
con tan segura alegría;
porque este Reino, os concedo,
que estaba menesteroso
del gobierno y la prudencia
de un pecho tan valeroso;
si bien en la resistencia
que hace, estoy temeroso
de que es muy poco el poder

que el nuevo Gobernador
trae, si pretende poner
freno al resuelto valor
de Arauco, a mi parecer.

D. LU.—¿Y es la causa?

VILLAG.— Porque son
en esta conjuración
los Indios ya rebelados
valentísimos soldados,
y con rebelde intención
dando nombre a los cristianos
de injustos y de tiranos,
saben rendir y matar
y ponen al pelear
el corazón en las manos.
Y si los va acariciando
con blandura, el daño entienden
que se irá multiplicando,
que han empezado venciendo
y han de proseguir negando.
¿Qué edad tiene don García?

D. LU.—Veinte y dos años. (24)

VILLAG.— Pedía
esta empresa más edad,
que aunque es su capacidad
tanta como su osadía,
la experiencia suele hacer
lo más por sí, cuando ya
falta al valor el poder.

D. LU.—Si en eso el remedio está,
menos hay ya que temer.

24. Algún cronista ha afirmado que cuando Hurtado de Mendoza llegó a Chile tenía veinte años de edad; pero la aseveración de Avila es más exacta, puesto que había nacido en 1535 (el mismo día de la toma de Túnez) y tomó posesión de su cargo de gobernador en la Serena el 25 de abril de 1557.

En el juvenil ardor
del nuevo Gobernador
viene la virtud cifrada,
la experiencia anticipada,
y en su ser propio el valor.
Que esta generosa rama,
el antiguo fruto aclama
de aquel árbol de Mendoza,
por quien España se goza
con los triunfos de su fama.
Y porque ya la excelencia
de su sangre, en dependencia
os permita mayor fe,
mientras él llega, os diré
parte de su descendencia.
Lope Manso fué el primero,
a cuya valiente espada
debe, junto con Pelayo,
su restauración España.
Luego el Infante Don Zuria
su hijo, y de Memorana,
única del Rey de Escocia,
tan dichoso y fuerte en armas,
que se vió por elección,
siendo amparo de su patria,
primer señor dignamente
de Altamira de Vizcaya.
Don Iñigo Ortiz, su hijo,
tras él igual en la fama,
a quien Castilla la Vieja
debe el señor que hoy la ampara.
Don Lope Iñiguez luego,
cuya juventud gallarda
con Bernardo en Roncesvalles
puso temerosa a Francia,
Y don Iñigo, su hijo,

cuarto señor de Vizcaya,
á quien Castroxeriz debe
su conquista y su esperanza.
Otro Don Iñigo López
luego tras él se adelanta,
a quien Ordoño el Segundo
hizo Conde de su Casa.
Y a éste por su valor,
por su esfuerzo y sus hazañas,
le dió las Encartaciones,
honrándole en su privanza.
Y porque en sola esta línea
de Mendoza se dilatan
tantos héroes, tanta sangre
tanta fe y grandezas tantas,
a la Casa de Cañete
pasaré, a quien dió la Fama
letras de oro en bronce duro,
contra el tiempo vinculadas.
Y si pueden sus blasones
abreviarse, el decir basta
que con Reyes de Castilla
mezcló su sangre y sus Armas.
Don Hurtado de Mendoza,
primer señor desta Casa,
Montero mayor del Rey,
y de Cuenca amparo y guarda.
Tal fué, que por no ofender
su valor con mi ignorancia,
paso en silencio el volumen
de sus ínclitas hazañas.
Casó con Doña María
de Castilla, honor de España,
hija del Conde Don Tello,
y sobrina siempre amada
de Don Enrique Segundo,

en cuya unión se levanta
ostentando Majestades
a imperiosas alabanzas.
Y Juan Hurtado, su hijo,
también con valiente espada
dió a su nombre envidia breve,
valor contra edades largas.
Del Maestrè Don Rodrigo,
honor y gloria de España,
hijo del Adelantado,
primerò señor de Nájera,
fué recíproco cuñado,
con amistad y fe tanta,
que, iguales con el valor,
de dos hicieron un alma.
Dos Infantes de Aragón
en Cuenca hospedó en su casa,
y con pecho generoso
mostró su altivez gallarda.
Veinte mil hombres traían,
todos con lucidas armas,
y ninguno consintió
que en la ciudad se alojara,
mostrando en su obligación,
como vigilante guarda,
que, cuidadoso y bizarro,
defendía y regalaba.
A éste se sigue Honorato,
de cuya valiente espada
fió Don Juan el Segundo
su Corona y sus espaldas,
porque estando con su gente
en la tala de Granada,
satisfecho de su esfuerzo,
le envió a que le guardara
las fronteras de Castilla

y Aragón: y fué tan rara
su asistente valentía,
que aseguró su esperanza.
Y Juan Hurtado, su hijo,
después, estando en Granada
Doña Isabel y Fernando,
matando, murió a lanzadas:
que no le queda que hacer
al que con valiente espada
por su Rey pierde la vida
reservando a Dios el alma.
Tras éste se sigue luego,
digno de mortal estatua,
Diego Hurtado de Mendoza,
que fué Virrey de Navarra.
A los Católicos Reyes
sirvió también, con fe tanta,
que justamente adquirió
su inclinación y su gracia.
Fué con el Emperador
a Flandes, y volvió a España
con sus cartas de creencia,
satisfechamente dadas,
para que los Capitanes
que en el Ejército estaban,
Condestable, y Almirante,
sólo sus órdenes dadas
a boca, cumpliesen luego:
y fueron tan respetadas
por su lealtad y valor,
que pareció que reinaba.
Leales y comuneros,
premió y castigó en España,
haciendo digno su nombre
de inmortales alabanzas.
Y siendo Marqués segundo

Don Hurtado, se adelanta,
dando a su posteridad
muerta vida en viva estampa. (25)
Al Emperador sirvió
y descansando en su casa
de innumerables servicios
en diferentes jornadas,
tuvo Carlos Quinto nuevas
que el Perú se levantaba,
porque Francisco Girón
inquietaba aquellas plazas,
y haciendo nueva memoria
de las valientes hazañas
del ya retirado esfuerzo
de aquellas prudentes canas,
le mandó que se partiese
al Perú, porque importaba
a la quietud de aquel Reino
una experiencia tan sabia.
Y al fin le halló la patente
en Cañete, andando a caza, (26)

25. Esta larga genealogía del joven gobernador de Chile, con tanta falta de criterio artístico inserta en la comedia, pero bien reveladora del espíritu que la anima, corre parejas con la que Lope de Vega puso en el acto III de su *Arauco domado*. Hablando de ella los traductores de la *Historia de la literatura española* de Ticknor (tomo II, p. 64, nota 2) observan que, «si cabe, es aún más detallada y minuciosa» que la que hilvanó aquel monstruo de la naturaleza», añadiendo, a guisa de comentario: «tan célebres fueron [los Mendozas] en poesía e historia.» Lo que los sabios anotadores se olvidaron de apuntar, porque de seguro lo ignoraban, es que uno y otro ingenio la tomaron del prólogo que a sus *Hechos de don García Hurtado*, libro impreso por primera vez en Madrid en 1613, puso el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.

26. Si tal circunstancia es exacta, resulta extraño que Suárez de Figueroa se olvidase de consignarla.

que es imagen de la guerra,
y aún allí le deleitaba,
que en cualquier parte que esté
el que en servir se adelanta
las ocasiones le buscan
y las mercedes le alcanzan.
Y así, desta sangre el mundo
la sucesión deseada
espera, porque se hereden
en ella grandezas tantas.
Mas, ya con labios de bronce,
este clarín nos declara,
que han llegado: lo demás
dirán el tiempo y la fama.

Dispárense arcabuces, y entre por lo alto un navío con muchos gallardetes; Don García en la popa, con peto, espaldar y bastón, y algunos soldados, y desembarquen por el teatro).

VILLAG.—Vuestra Señoría, señor,
sea a Chile bien llegado,
que ya viéndole, mejor
se ve que el ser deseado
fué debido a su valor:
que, sino en edad madura,
con alma entendida y pura
ya de este Reino parece
que con guerra y paz ofrece
la restauración segura (27).

D. LU.—Quien habla a Vuestra Señoría

27. El pronóstico de Villagra resultó que había de cumplirse sólo a medias, y, en todo caso, por muy poco tiempo. Tal entrevista carece, por lo demás, de base histórica, ya que, ni don García vino por ese entonces a Santiago, ni consta, siquiera, que en algún momento se avistara con él.

es el señor Villagrán,
Capitán de Infantería.

D. GARC.—Ya del señor Capitán,
de su agrado, y cortesía
tenía noticia yo
antes de llegar aquí.

VILLAG.—Cuando Valdivia murió
este bastón me dió a mí (28),
y el Gobierno me encargó
y así le pongo a estos pies,
y por mayor interés,
dél hago aquí dejación,
cumpliendo como es razón
los mandatos del Marqués;
y sirvo a Vuestra Señoría
con este corto presente,
tan hijo de mi alegría,
como desta providente
tierra, que lo engendra y cría,

BOCAF.—Doce barras de oro son. (29)

28. Otro hecho inexacto: Valdivia no le dió el bastón a Villagra, por más que se hubiera tratado de probar que le dejó nombrado para sucederle, por actos emanados de aquel gobernador que así lo dejasen entender. Villagra tuvo le mando por acuerdo espontáneo de los Cabildos de las ciudades del sur del país y bastante historiado por lo que toca al de la capital. Y no hay para qué entrar por ahora en más detalles de ese incidente histórico.

29. No hubo tal, ni pudo ser. ¡Aviado de dineros estaba Villagra para hacer semejante obsequio! Pero bien se trasluce que el autor de la comedia lo trae a cuenta para dar lugar a la tirada que sigue de don García y a proporcionarle los medios de acudir a la fundación que dice piensa hacer. Las palabras de don García están calcadas sobre las que Suárez de Figueroa (para no acordarnos de las que Oña trae en tal sentido) pone en boca de su héroe como pronunciadas ante la junta de encomenderos que dice celebró en la Serena. Hállanse

D. GARC.—Estimo la voluntad
y agradezco la intención;
si bien la posibilidad
da causa a la presunción
a que discurra advertida
ser culpa reconocida
hallar presentes sobrados
en tierra de conjurados
que se lamenta oprimida.
Los que en su Gobierno están,
deben, señor Capitán,
servir sólo de tutores,
y no ser usurpadores
de aquello que no les dan.
Con quien tributa rendido,
debe el que es obedecido
usar también de clemencia,
que nunca está la obediencia
segura en el ofendido.
Demás de que es tratar mal
al inferior, si es leal,
con intento temerario,
hacer lo que es voluntario
esclavitud natural.
No ha de ejercitar tirano
su poder el poderoso,
que el príncipe soberano
no llega a ser venturoso
por serlo, sino es humano.
Demás de que el absoluto,
cruel, menor hace el fruto,

en las páginas 19-20 de la reimpresión de aquel libro, incluído en el tomo VI de la *Colección de Historiadores de Chile*. En ellas no se hace alusión alguna a la fundación de tal hospital y sólo sí, al buen tratamiento de los indígenas en sus relaciones con sus amos los encomenderos.

que yo por mi cuenta hallo
que es afligir al vasallo
dificultar el tributo;
y así no me he de espantar
de que se muestre al pagar
el doméstico impaciente,
procurando inobediente
morir por no tributar.

Aligerar es razón
a los que quedan amigos
el tributo y la opresión,
y será en los enemigos
menor la conjuración:
que no por eso el valor
ha de faltar, peleando,
al castigo de su error,
que el empezar obligando,
hará su culpa mayor.

Demás de que los cristianos
siempre han de mostrarse humanos,
que son prudentes acciones
conquistar los corazones
antes de rendir las manos.

Y a mí en efeto me envía
aquí el Marqués, mi señor,
con su intención y la mía,
si, a castigar con rigor,
a obligar sin tiranía.

Y pues vengo a reducir,
a dar y a restituir,
mal podré en esta ocasión
cumplir con mi obligación
empezando a recibir.

Muchos indios he sabido
que están enfermos y mueren
de pobres, por no haber sido

curados; aunque los hieren
por habernos defendido:
y con este liberal presente,
y con mi caudal
si bien no es mucho el dinero,
para que se curen, quiero
que se haga un hospital
y no los de Arauco esquivos
perseveren vengativos,
siempre estériles y yermos,
que, si curo los enfermos,
también sé matar los vivos.

Bocaf.—Suplico a Vuestra Señoría,
que ya que la suerte mía
me lo ha transplantado en Chile,
para que no se aniquile
mi salud y mi alegría,
que aumentando sus blasones,
mande por justas razones,
y todas en mi favor,
que en este hospital, señor,
se cure de lamparones.
Yo soy un pobre soldado,
tuve un gato regalado,
que con asistencia rara
se refregaba en mi cara
juguetón y colialzado.
Y fué tanto el porfiar
del gaticinio estregar,
y la asistencia fué tanta,
que me dejó la garganta
con más bocas que un vivar.
Y como estamos aquí.
tan lejos del Rey de Francia,
me habré de quedar así
sin remedio de importancia.

que lo sea para mí,
sino es que Vuestra Señoría
hace parte de obra pía
en su reciente hospital
el atajo deste mal.

D. GARC.—¿Cómo os llamais?

BOCAF.—Bocafría.

D. GARC.—Extraño nombre.

BOCAF.—Señor:

Diego Boca se llamaba,
sirviendo al Emperador,
mi abuelo, cuando sitiaba
el Bosque su gran valor.
Presentóle un pez un día,
y él con notable alegría
mandó que se lo friyesen;
mas, como lumbre encendiesen,
tiraban a puntería
al fuego, sin consentir
que pudiesen conseguir
su intención; y así temiendo,
que le estaban friendo,
se apartaban sin freir;
y viendo que no comía
por su mucha cobardía,
afrentando su valor,
les dijo el Emperador:
sólo Diego Boca, fría;
y al fin mi abuelo frió,
el pez, y él lo agradeció
con estimación no poca,
y juntando el fría al boca,
Bocafría se llamó.

D. GARC.—Desde hoy tendréis en mi casa
cuanto hubieréis menester.

BOCAF.—Más que una madrastra escasa

viva tu heroico poder
por cuanto el Sol gira y pasa.

VILLAG.—Es muy valiente soldado,
aunque siempre está de humor.

BOCAF.—Es porque nunca he sacado
mohatra, ni tengo amor,
ni pido, ni doy prestado.

(Una campanilla adentro).

D. GARC.—¿Que es esto?

VILLAG.— Irán a llevar
a algún indio el Sacramento.

D. GARC.—Allí, sí, es bueno emplear
todo este recibimiento.

Justo es irle a acompañar:
que buen pronóstico ha sido,
que haya el mismo Dios salido,
cuando su causa prevengo,
que de El parece que vengo
esperado, y recibido

(Vanse, y queden don Luis y Villagrán).

D. LU.—Señor Capitán, la espada
me dé, y sea preso.

VILLAG.— ¿A mí?

D. LU.—Esta es orden que está dada
de mi General, y aquí
no debe ser disputada;
esto es lo que me mandó,
y esto sólo debo yo
argüir en mi disculpa,
que él, allá en la culpa
verá si es justo, o si no.

VILLAG.—A tanta resolución,
obedecer, y paciencia,

que puesto que es sin razón,
aquí será la obediencia
parte de satisfacción. (30)

D. LU.—Válgame Dios. Don García,
postrado humilde en el suelo,
al Sacerdote porfía
que pase por él; (31) el cielo
te ampare.

VILLAG.—

De parte mía

30. La prisión de Villagra, tan sin fundamento decretada, como con no menos humildad y acatamiento cumplida por su parte, es uno de los hechos históricos más injustos y que más afean el proceder de Hurtado de Mendoza; pero no se verificó por don Luis de Tolédo, como la presenta Avila, sino por el capitán Juan Remón, maestre de campo del Gobernador, y en la sala del cabildo.

Conócese la respuesta de Villagra a la intimación que se le hizo de darse preso, mucho más noble y expresiva de la que el autor de la comedia le atribuye, según la recuerdan los propios apologistas de don García: «No era menester que el señor Gobernador usara de estos términos para conmigo: bastábale enviar una letra para que yo le obedeciese puntualmente, sin dar trabajo a vuestra merced.»

31. He aquí uno de los episodios en que más hincapié han hecho los cronistas de don García, Mariño de Lobera,—ó, talvez en esta parte de su obra, el jesuita Bartolomé de Escobar.—Suárez de Figueroa y Pedro de Oña, quien fué, probablemente, el que dió margen a la noticia. Léase la relación que éste hace de tal acto:

El hecho fué que cuando el pan del cielo
En procesión al templo se traía,
Por dar ejemplo al indio que atendía,
Se derribó á medirse con el suelo,
Haciendo que el prebítero, sin duelo,
Por cima dél hiciese paso y vía,
Tratando con el pie su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

Arauco domado, canto III.

doy por justa mi prisión,
que el que tanto en Dios se ajusta
con humilde corazón,
no puede hacer cosa injusta:
mis culpas sin duda son.
Y aunque conmigo desdiga
de su piedad esta vez,
a menos temor me obliga:
que la virtud del juez
consuela cuando castiga. (*Vanse*).

(*Salen Lautaro y Guacold*).

GUAC.—¿Es posible, mi Lautaro,
que hubo tiempo en que por mí
ignorante carecí
de tu amor y de tu amparo?
Mas ¡ay! que es el tiempo avaro,
y no vuelve el que se fué,
que, si no hiciera mi fe,
puesto el que pasó adelante
un siglo por cada instante
de los que no te gocé.
Tanto al fin mis dichas tienen
en tí, que puesto el cuidado
en los días que han pasado,
triste vivo en los que vienen.
Y de suerte me previenen
pena y gusto repartidos,
que, a no poner mis sentidos
mi memoria en mis cuidados,
olvidara los gozados
por no sentir los perdidos.
Soy tan única en amar,
que me está sirviendo á mí
de pena lo que perdí

en lo que pude gozar.
Pero sabré granjear,
solicita ya en mi suerte,
lo que tardé en conocerte.
Y mi corazón rendido,
por lo que no te he querido,
se dará priesa a quererte.

LAUT.—Tan discreta quieres bien
después que tuyo me hiciste,
que aun con lo que no quisiste,
sabes obligar también:
y me doy el parabién
aun del tiempo que podía
gozar, cuando te quería;
porque, juzgado en rigor,
la tardanza de tu amor,
no estuvo de parte mía.
Es tan grande, hermoso dueño,
mi amor, que paso mi vida
dulcemente entretenida,
como en regalado sueño:
y en este amoroso empeño,
mi rendida voluntad,
para hacer de tu beldad
dulcísimo pasatiempo,
dilatara quisiera el tiempo
en siglos de eternidad (32).

(Sale Fresa).

FRES.—Siempre que juntos os veo,
considero vuestros brazos
de olmo y yedra, en cuyos lazos

32. Volvemos de nuevo a *La Araucana* con este diálogo de amor, que veremos repetirse con más aliento en el comienzo de la jornada tercera, donde le dedicaremos algún comentario.

se está logrando el deseo.
Hagan dulcísimo empleo
vuestras vidas enlazadas,
que siempre las estimadas
fundamos, cuando queremos,
en amorosos extremos
esperanzas regaladas.

(Caupolicán, Tucapel y Colocolo).

CAUP.—¿Cómo estás, Lautaro, aquí
en tu amor tan descuidado
cuando ya a Chile ha llegado
aquel que te dijo a ti
el mensajero del Sol?
Y hanme dicho sin dudar
los que le han visto llegar,
que es un valiente español.

TUC.—¿Qué valiente puede ser
el que entra en Chile acortando
sus tributos, y obligando
con blandura y sin poder?

COL.—Si hay algo que os pueda dar
en su venida cuidado,
es sólo el haber entrado
empezando a granjear;
que ese prudente valor
ha entrado ganando amigos,
para hacer los enemigos
menos, y rendir mejor.
Y cuidado es menester:
que los Capitanes sabios,
que entran deshaciendo agravios,
muy cerca están de vencer.

CAUP.—Dale tú de nuestra parte,
Colocolo, una embajada

resuelta y determinada.
Di que vuelva su Estandarte
al mar, si quiere vivir,
y que tome de su intento
en Valdivia el escarmiento,
si las sombras del morir
no le confunden la vida;
que sólo le advierto yo
que ya el tiempo se acabó
en que estuvo introducida
su tirana potestad
y su ambiciosa intención
por divina imposición
de alguna oculta deidad;
que ya sé lo que desean,
cuando acá los araucanos
con diez rayos en dos manos
hieren, matan y pelean,
que es jurisdicción muy corta
la de su esfuerzo y su gente,
y tú allá, como prudente,
le di lo que más le importa.

COL.—Ya que siempre me decís
que en este valle Araucano
sirvo de oráculo humano,
hoy mal camino elegís:
si queréis amedrentar
al que de suyo nació
altivo y se resolvió
a morir o a conquistar.
Porque mejor ha de ser
que le vais asegurando
con divertir, obligando,
que incitar con ofender.
Yo le diré que tratáis
de medios, y descuidado

estará indeterminado,
mientras vosotros juntáis
vuestra gente; y prevenidos
los venceréis sin traición,
que siempre en la guerra son
los ardides permitidos:
y esto me parece a mí.

TUC.—Colocolo dice bien
en lo que dice.

CAUP.— Y tan bien,
que él mismo ha de hacerlo así.

COL.—Pues yo voy y tú entretanto,
ya que están en nuestra tierra.
treinta mil indios de guerra,
que al mundo ponen espanto,
tenlos dispuestos de modo,
que apenas sus corazones
articulen condiciones,
cuando acabemos con todo,
sin dejar un español.

CAUP.—Como tracemos su muerte,
descuida, obliga y divierte,
y vaya contigo el Sol. (*Vase*).
Parte, Tucapel, volando,
y di a Rengo y Cucamán (33),
Lincoya y Andalicán,
que los estoy esperando.

(*Vase Tucapel*).

Lo demás, Lautaro, a ti
te toca; prevén mi gente.

LAUT.—Bien sé que soy tu Teniente,

33. Otro nombre indígena de la exclusiva invención del autor.

y lo que me toca a mí.
Que con trescientos soldados
se atreva un hombre a venir
a conquistar y a rendir
cien mil tigres conjurados?
Mañana habemos de ser,
sin extranjeros, señores,
absolutos poseedores
de Chile.

• FRES.— A tu gran poder,
adorado esposo mío,
se vea España rendida,
como yo por ti en mi vida
la fuerza de mi albedrío.

GUAC.—No hay cosa que me contente,
hasta que le den tus manos,
a costa de los cristianos,
círculos de oro a tu frente.

LAUT.—Ni a mí, amante esposa mía,
hasta que vea después
cárdena y fría a tus pies
la boca de Don García.

*(D. García, D. Luis de Toledo, D. Felipe de Mendoza y
Bocafría).*

D. LU.—En la forma que mandó
Vuestra Señoría se ha hecho,
y puede estar satisfecho,
que nadie mejor que yo
le sirve. Un pregón se ha dado,
que los indios que estuvieren
ófendidos o quisieren
quejarse de algún soldado,
que vengan luego, y están
tan arrogantes y ufanos

de ver que los araucanos
venciendo y matando van,
que no sólo su esperanza,
fundada ya en su malicia,
solicita la justicia,
pero pide la venganza.
Y sólo un indio cristiano
se queja de Villagrán,
de que siendo Capitán,
entró y con resuelta mano
de su buhío sacó
dos barras de oro.

D. GAR.— Muy bien;
luego otras dos se le den
de las doce que él me dió.

D. FEL.—Falta pienso que han de hacer
al Hospital.

D. GAR.— Poco importa
que la fábrica sea corta,
si lo es el poder también.
Lo primero, al gobernar,
se sigue el restituir
y luego el distribuir,
sin ofender ni quitar.
Que en las obras se condena
y por malo se señala
el que consiente la mala,
para conseguir la buena.
Y así, la ley que previene
estos casos más me incita
a volver lo que se quita,
que a dar lo que no se tiene.

BOCAF.—Yo firmaré de mi mano,
según lo que alcanzo yo
que desde que Adán pecó
no ha visto el género humano

Ministro tan puntual,
Gobernador tan prudente,
vasallo más obediente,
ni tan digno General.
Puede ser Vuestra Señoría
general de un escuadrón
de mártires del Japón,
todos de la Compañía. (34)
Generalísimo puede
ser de los anacoretas
del yermo, a quien los Profetas...
Pero hasta aquí seguirle,
porque aun no he mirado apenas
el *Flosantorum Primero*
de Villegas (35), y no quiero
meterme en vidas ajenas.

D. GAR.—Luego se apreste un navío
para el Perú, adonde irán
con Aguirre y Villagrán

34. Alusión a los jesuitas que habían padecido martirio en el Japón, especialmente en los años de 1622 y 1624 de que circulaban por entonces algunas relaciones impresas en España. Véanse descritas bajo los números 79-95 de la *Bibliografía española de las Islas Filipinas*, de Medina, Santiago de Chile, 1897, 8.º

Aquellos hechos tuvieron tal repercusión en el ánimo español, que Lope de Vega los llevó al teatro.

35. Muy confuso resulta el contexto de estos últimos cinco versos. Hemos puesto a *Primero* con mayúscula, dándole la función de numeral ordinal y no de adverbio, por que creemos que esa voz debe referirse al libro de Villegas (cuyo nombre era Alfonso) que cita el gracioso de la comedia, porque, en efecto, su obra del *Flos Sanctorum* consta de cinco partes, la primera de las cuales a que se alude, se imprimió en Toledo en 1591. La describió don Cristóbal Pérez Pastor bajo el número 401 de su *Imprenta* en aquella ciudad.

los demás presos que envío. (36)
 Sus dañadas intenciones
 condene la Audiencia allá,
 mientras yo castigo acá
 rebelados corazones:
 que igual la grandeza
 si ellos triunfan como sabios,
 de convencidos agravios,
 en tanto que yo peleo.
 Dos partes distintas son
 letras y armas, pero aquí
 las dos se juntan por sí
 en una conforme unión;
 y así, en la empresa que sigo

36. Es bien sabido que los dos rivales que se disputaban el gobierno de la colonia después de la muerte de Valdivia fueron despachados desde el puerto de la Serena presos al Perú, en el mismo navío, por Hurtado de Mendoza. Dando cuenta de este hecho al Rey, el Marqués de Cañete, en carta de 28 de Junio de 1557, le decía: «¡y allí los juntaron a los dos gobernadores, que no cabían en seiscientas leguas que cupiesen en una cámara del navío...» Morla Vicuña, *Estudio histórico*, p. 144 de los Documentos.

Pedro de Oña divulgó con la publicación de su *Arauco domado* una frase parecida, que atribuye a Francisco de Aguirre:

Salióle Aguirre en viendo que venía
 A recibir al bordo de la nave.
 Y aun dicen que le dijo en tono grave
 Esta razón tan llena de energía:
 Ya, lo que en todo Chile no cabía,
 Ahora en una tabla sola cabe....

Avila dice también que presos juntos con ellos iban otros, y así es la verdad. Los nombres de casi todos los que acompañaban en tal calidad a los dos gobernadores los hemos dado en la página 82 del tomo XXVIII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*.

viene a ser tan necesario
como rendir al contrario
el castigar al amigo.

(Sale un paje).

PAJ.—Un indio viejo esta ahí
por los de Arauco.

D. GAR.— Entre luego.

BOCAF.—Vendrá fulminando fuego.

D. GAR.—Saquen dos sillas aquí,

BOCAF.—El que menos se provoca
déstos de Arauco, promete
en cada ojo un cohete,
y un triquitraque en la boca.

D. FEL.—De que aquí este Embajador
tenga asiento, estoy corrido.

D. GAR.—Por el honor del vencido
se reputa el vencedor (37);
y como miro al blasón

37. Sentencia calcada sobre la que había escrito Ercilla
(2-1-7, 8):

Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Pero, ¿qué mucho? cuando vemos que Cervantes, entre las razones que pasaron entre Don Quijote y el Caballero de la Selva, llegándole éste á decir que, habiéndole vencido á él, su gloria, su fama y su honra quedaban transferidas a su persona, y siguiendo siempre en prosa añade «y tanto el vencedor es más honrado, cuanto más el vencido es reputado»: palabras que manifiestamente revelan que citaba de memoria estos versos de Ercilla, pasados, hasta ahora poco, inadvertidos en todas las ediciones del *Ingenioso Hidalgo*, y lo habrían continuado siendo, probablemente, si no los hubiera reivindicado para el verdadero divulgador de tan hermosa reflexión el eruditísimo Rodríguez Marín."

a que aspiro en la victoria,
por hacer mayor su gloria,
les doy esta estimación.
Y no podremos perder
nada, Arauco no domado,
cuando hayamos obligado
a los que pueden vencer.
Que estando este bien dudoso,
ignorancia hubiera sido
anticipar el vencido
la ofensa del vitorioso.
Y, caso que deste error
sobre alguna parte aquí,
siempre son buenas por sí
las dádivas del honor.

(Sale Colocolo).

COL.—Deidad humana, Español,
claro honor de los Mendozas,
que en el primer arrebol
de tu juventud te gozas
lleno de rayos del Sol;
él te guarde.

D. GAR.— Y él te dé
tan viva luz de la Fe,
que tu ciego error en ti
conozcas. Siéntate y di
a qué vienes.

COL.— Si haré.
Por el Estado Araucano,
perdóname, (el más anciano
soy) vengo a decir,
si aquí es justo introducir
vuestro imperio soberano?
Y pues está en opinión

de sabio tu corazón,
que le dáis, juzga prudente,
a nuestro espíritu ardiente
culto de otra religión
cuando es ya rigor impío
obedecer mandamientos,
de extranjero señorío.
que siempre han de estar exemptos
los actos del albedrío.
Si os fundáis en más valor,
del nuestro informar podrá
haberse visto inferior
la parte de España ya,
con retirado temor.
Y si en menos rustiqueza,
más ha que vuestra destreza
tiene escuela; y no diréis
que soís, cuando nós culpéis,
de mejor naturaleza.
Si en más vida, ya sabemos
de las que quitado habemos,
que igualmente son mortales
en todos, como inmortales
las almas que poseemos.
Y siendo así, ¿qué razón
fuera de injusta intención,
os determina y consiente
desta región de Occidente
tan amplia jurisdicción?
Si aquel primer hombre Adán,
como decís, en su afán
libre el mundo poseyó,
mostrad por donde os dejó
la tierra en que otros están?
Y quedaré convencido,
si mostráis algún derecho,

la guerra puesta en olvido,
todo Arauco satisfecho
y Felipe obedecido.

D. GAR.—Muy bien en esta ocasión
muestra Arauco su prudencia,
pues fió de la elección
de tu edad y tu experiencia
su libre conservación.

Porque sabes proponer
tan sabio y tan elocuente
por su parte, que, a no ser
nuestra justicia evidente,
me pudieras convencer.

Bien sé que os han enojado
los tributos que han impuesto
los que hasta aquí han gobernado,
y que deseáis por esto,
redimir vuestro cuidado.

Esta razón nos condena,
pero fué por culpa ajena
y con su dueño acabó,
pues vengo a traeros yo
el alivio desta pena.

Y de haber introducido
su jurisdicción mi Rey,
supuesto que os ha instruído
preceptos de justa ley,
con justo derecho ha sido.

Si el Papa debe instruir,
también mi Rey oprimir
con fuerza, y tienen los dos,
como inmediatos de Dios,
poder para reducir.

Y, así, os pretendo fundar
seminarios religiosos,
dónde os puedan enseñar

con preceptos amorosos
la ley que habéis de guardar.
Confieso que en ser mortales
venimos a ser iguales,
pero en el conocimiento,
en la Fe y en el intento
sin número desiguales.
Y esto sin argumentar
se puede aquí comprobar
el quereros redimir,
pues venimos a morir
por no dejaros errar.
Y en cuanto toca a tener
más fuerza o mayor poder,
culpa sería ignorante
el discurrir arrogante
en lo que habemos de ver.
Sólo es lo que yo pretendo
cumplir, matando o muriendo,
con mi honor, asegurando
que he de pelear, vengando,
si vosotros defendiendo.

COL.—En parte estoy convencido,
y con los de Arauco quiero
que trates de algún partido,
y entretanto de tu acero
esté el rigor suspendido.

D. GAR.—Parte, y de su voluntad
la resolución postrera
puedes saber.

COL.— ¡Qué bondad
y qué valor! no creyera
tal ser de tan poca edad;
pero en la reportación
tiene puesto el corazón,
y le falta en lo advertido,

qué, aunque sabe, no ha sabido
conocerme la intención.

(Vase).

D. FEL.—Este ya es temor.

D. GAR.— No es,

que este es ardid cauteloso,
como lo veréis después;
porque nunca el poderoso
entra echándose a los pies.
Venimos a restaurar
lo que ellos saben ganar,
y cuando matan y hieren,
piden partido: éstos quieren
solamente asegurar,
y debajo de traición
nos encubren su intención,
que en ella arguye malicia
argumentar la injusticia
y abrazar la sujeción.

D. LU.—Pues, ¿por qué Vuestra Señoría
disimuló el conocer
la industria con que venía?

D. GAR.—Porque me pienso valer
de la misma que él traía.
Ellos han de imaginar
que espero yo descuidado,
creyendo que han de tratar
de medios, y en su cuidado
los tengo de castigar.
El Capitán Belisario
publicó, venciendo a Mario,
que su mayor vencimiento
fué el ejecutar su intento
sobre el ardid del contrario.

Póngase en orden mi gente,
y llevará la vanguardia
Don Luis.

D. LU.— El cielo aumente
tu vida.

D. GAR.— La retaguardia
se dará al valor prudente
de don Alonso de Arcila.

D. LU.— Hoy en su diestra aperebe
el cielo un segundo Atila,
que él pelea como escribe.

D. FEL.—A un tiempo corta y afila
espada y pluma.

D. GAR.— En su honor
dudar nada fuera error,
que aunque se muestra ofendido,
porque preso le he tenido,
no he de negarle el valor. (38)

38. Tal es la única figuración que se concede a la persona del poeta en la comedia, afortunadamente en términos que no desdicen de las consideraciones que le eran debidas y que un ingenio como el de Lope de Vega pretendió negarle en circunstancias análogas. Algún dejo, queda, sin embargo, de que Avila no le celebrara a las claras, cuando se habla de aquel su *valor prudente* al confiarle la *retaguardia*. Por lo demás, tan exagerado como el compararlo a Atila, resulta de benévolo el aserto de que «pelea como escribe». La frase puesta por Avila, en boca de don Felipe de Mendoza, posiblemente la redactó teniendo a la visa el soneto que aquel hermano de don García había escrito en loor del poeta, puesto al frente de la edición de *La Araucana* que salió a luz en Madrid, en 1578, hablamos de la en octavo, cuyo segundo cuarteto dice así:

Con propios ojos ví que Marte airado
La venturosa diestra te guiaba,
Y que al oído Apolo te inspiraba
Por otra parte el verso delicado.

Con los caballos iremos
Don Felipe y yo.

D. FEL.— Hoy veremos
rendidos por tu saber
del araucano poder
los arrogantes extremos.

BOCAF.— Aunque ve Vuestra Señoría
tan callando a Bocafría,
un alcalde solamente
confieso que es más valiente
en una chancillería.
Dos cabezas hiendo y rajo
solamente con un tajo,
que en cuanto toca a mi espada,
al Cid no le debò nada,
de lamparones abajo.

D. GAR.— Sí, pero habéis de advertir
que anticipáis el decir,
que primero es el hacer
donde es prudente el poder:
y sólo en el presumir
menos valiente os quisiera,

Ercilla, conviene recordarlo, no tuvo en Chile mando de ninguna especie, habiendo peleado siempre como simple soldado de a caballo. En Millarapué se halló a las órdenes de Rodrigo de Quiroga, y en el socorro despachado desde la Imperial a Cañete bajo el mando inmediato de don Miguel de Avendaño y Velasco.

Por último, no se extrañe de que veamos que Avila le apellide *Arcila*. *Arzila* se firmó él mientras permaneció en Chile y aun hasta algunos años después de su regreso a la Península; y de ahí que con tal apellido le nombren Góngora Marmolejo, Barco Centenera y muchos otros, tanto en Chile como fuera de aquí.

que la hazaña verdadera
es la que no se previene,
y luce mal cuando viene
de aquel que menos se espera.





JORNADA TERCERA

(Caupolicán, Colocolo, Lautaro y Rengo).

CAUP.—¿Al fin lo engañaste?

COL.— El queda
tan descuidado, que ya
no hay cosa que daros pueda
cuidado; parado ha
vuestra fortuna su rueda.
Entré para asegurar,
difiriendo su poder
en su tirano intentar
y dejéme convencer
para mejor engañar.

CAUP.—¿Qué talle tiene?

COL.— Valiente
parece.

REN.— ¿El rostro?

COL.— Excelente.

LAUT.—¿Airoso cuerpo?

COL.— Bizarro,
aunque sin mucho desgarro,
que es reportado y prudente.
Con particular destreza
parece que en sus acciones
se extremó naturaleza
compasando sus razones,
su ingenio y su gentileza,
y si puede el enemigo
obligarnos a respeto
y amor, claramente os digo
que le soy en lo secreto
del alma inclinado amigo.
Y si habéis de hacer por mí
algo, sólo os pido aquí,
que si vivo le podéis
rendir, que no le matéis.

CAUP.—Yo te lo prometo así.

¿Qué gente se ha prevenido?

LAUT.—Tomé, Rengo y Leucotón
Diez mil indios han traído
de comprobada opinión
y de valor conocido;
y los caciques también,
Lincoya, Malco, (39) Purén;
Paycabí y Andalicán
otros veinte mil te dan;

39. Tercer nombre indígena que no figura en *La Araucana*, pero que tiene más sabor a la lengua de Caupolicán que los otros dos que hemos ya visto, a causa de su terminación en *co*; y aun es curioso notar, como simple coincidencia, de que existe verbo con esa raíz. *v. gr.: malcotun*, recibir la pelota en el juego de este nombre.

para que el mundo te den
y antes que se pase el día
te dará su esfuerzo a tí
preso o muerto a Don García.

(*Guacolda llorando*).

¿Pero qué es esto? ¡ay de mí!
tú lloras, esposa mía?
¿quién se atreve a deslustrar
en tus claros resplandores
tu soberano mirar?

GUAC.—A mí, Lautaro, temores
de que no te he de gozar;
¡Triste de mí! que he soñado
qué en estrecha sujeción
he visto a Arauco domado
y tu altivo corazón
de una flecha atravesado. (40)
Permitiome el hado impío
juntar con tu rostro el mío,

40. Aquí es donde el diálogo amoroso entre Lautaro y Guacolda se acerca más a la imitación ercillana. El poeta ha referido al fin del canto XIII, con colores tan vivos como hermosos, aquel despertar de los amantes, cuando Lautaro comienza a contar a su amada el sueño que acaba de tener, y

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡ay que he soñado también cuanto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!»

Pasaje del poema que debe quedar famoso, por el hecho casi increíble de que el gran Quintana, juzgándolo con verdad de pura invención del poeta, llegara, por ello, a la conclusión de que «con otros del poema, sirve a derribar las vanas pretensiones de los que quieren calificar de historia el libro de *La Araucana*»! ¡Es de quedarse estupefacto cuando de tales premisas se ve sacar semejante conclusión!

y en residencia del sueño
los ojos abrí, ¡ay mi dueño!
que te vi cadáver frío.
Como ya la muerte impía
división sangrienta hacía,
cada lágrima, ¡ay de mí!
que vertía sobre ti,
en sangre se convertía.
Y ya tan unida estaba
la tuya a la que te daba
mi corazón, que dudó
el alma, cuando salió,
de que sangre se ausentaba:
¡muerto te he visto!

LAUT.— El hermoso
rostro enjuga, que enganoso
fué tu sueño: vivo estoy
y tuyo, Guacolda, soy.

(Fresa con una corona de oro).

FRES.— Albricias, querido esposo:
haciéndole a Eponamón
devotísima oración,
se me apareció a mi lado:
esta corona me ha dado,
y dice que en opresión
se verán hoy los cristianos:
y es el ponerla en mis manos,
según me parece a mí,
señal que te elige a ti
por Rey de los araucanos.

CAUP.— Bien me la puedes poner
sin dudar y sin temer:
veamos cómo me está,
que corona que un Dios da,

a nadie puede ofender:
¿estáme bien?

COL.— A tu frente
se le debe el eminente
señorío universal,
que el dominio natural
es el que el cielo consiente.

CAUP.— En tus ojos, Fresa hermosa,
como en claro espejo, veo
mi coronación gloriosa.

GUAC.— Y yo en mi mismo deseo
tu potestad milagrosa;
de suerte está en tu cabeza,
que ya la Imperial grandeza
redime constituida
los méritos de tu vida
a ley de naturaleza.

LAUT.— Con habernos anunciado
un dios nuestro vencimiento;
persevera en tu cuidado,
tu llanto en tu sentimiento;
parece que te ha faltado
la fe. ¿Entre sombras adquieres
fantásticos pareceres?
¿Y cuando despierta estás,
crédito a un sueño le das
y a un dios negársele quieres?
En tanto que me detengo
para sólo armarme, Rengo,
manda tocar a marchar.

(Tucapel herido).

TUC.— En poco podréis dudar
nuestro mal, pues véis cual vengo:
ya huyen vuestros soldados

heridos y amedrentados
del rayo de Don García.

COL.—Que lo engañé presumía,
y somos los engañados.

CAUP.—Retírate a tu buhío
en tanto que te desvíó
este peligro en que estás.

FRES.—Mi bien, coronado vas;
fía en tu dios y en el mío.

(Vánse y queda asida Guacolda de Lautaro).

GUAC.—¿A dónde vas?

LAUT.— A impedir
su furia y a resistir
la violéncia de su acero.

GUAC.—Ponte tus armas primero;
mira que vas a morir.

LAUT.—Ya no hay temor que me impida,
si viese del homicida
la espada en mi corazón,
que nacen con la ocasión
los desprecios de la vida.
Suelta, o cortaré el brazo,
y dejaréte con él.

(Vase).

GUAC.—Por ser tuyo ese pedazo,
rompiera tu golpe en él
desta unión el mejor lazo.
Dos almas puedes llevar,
pues con dos he de quedar,
que si yo al verte morir,
con la mía he de sentir,
con la tuya he de acabar.
Restitúyeme el sosiego;

vuelvé a mis brazos, y luego
a pesar de tus enojos,
te esconderé con mis ojos
entre flámulas de fuego.
Y si te aflige el rigor
del Cristiano vencedor,
vuelve a tu primer reposo,
te aclamaré victorioso
en los triunfos de mi amor.

(*Lautaro ensangrentados los pechos, y con una flecha*).

LAUT.—Alguna deidad ha sido
en sombras disimulada
tu dormitar convencido.

GUAC.—Esta es la flecha soñada,
y ése el corazón herido:
¿dónde vas?

LAUT.— A pelear (41).

(*Vase*).

GUAC.—Déjame, mi bien, llegar
a tu ensangrentada vida,
para que tenga tu herida
virtud también de matar.

41. La exclamación es valiente y oportuna, dicha por el indio cuando ya está herido. Queda en suspenso en la comedia el fin que tuvo Lautaro, el cual, según *La Araucana* (230-5-7-8) se produjo en los primeros momentos del asalto de los españoles, a tiempo que

Del toldo el hijo de Pillán salía
Y una flecha a buscarle que venía,

que le atravesó derecho el corazón. Y de aquí la explicación de la parte del sueño de Guacolda en la comedia, en que le refiere a Lautaro:

he visto Arauco domado
y tu altivo corazón
de una flecha atravesado.

(*Don Felipe, y don Luis tras de Tucapel. Rengo y Colocolo salgan por una puerta, y métanlos por otra a cuchilladas, y salga Caupolicán*).

CAUP.—¿Cómo es, decid, vuestro acero,
Cristianos, tan diferente
de los que maté primero?
¿Cómo con tan poca gente
hacéis estrago tan fiero?
¿A dónde estás Don García?

(*Sale don García*).

D. GARC.—Aquí estoy.

CAUP.— Caupolicán,
te llama y te desafía:
redúzgase, Capitán,
a tu fuerza y a la mía
la guerra (42).

42. Este desafío de Caupolicán a don García, no es, como pudiera pensarse, obra de la fantasía del autor de la comedia, que echara mano de tal recurso para dar al desarrollo de la intriga un interés creciente, pues es un hecho histórico referido por el propio don García y contado por extenso en *La Araucana* (pp. 411-412). El emisario del cacique, llevado a presencia del caudillo español, delante de mucha gente, que se había juntado a la novedad, le transmitió su embajada, diciéndole (411-1-5):

«Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traído:
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en ti se halla,
Pide de solo a solo la batalla.

Eso sí, que tal desafío se produjo cuando los españoles tenían asentado su campo en Millarapue y en vísperas de la

D. GARC.— Como valiente
te resuelves, pero quiero
ver que despojes primero
de esa corona tu frente;
que como he considerado
que a mi Rey se la has quitado,
su Católico sujeto
juzgo en ella, y el respeto
me tiene indeterminado.
Y cuando tu valentía
superior quede a la mía,
quiero, aún quedando vencido,
haberte desposeído
de esa injusta tiranía.

CAUP.—¿En que sé funda, quisiera
saber, esta acción primera
del dominio de tu Rey?

D. GARC.—En instruiros la Ley
de Dios, que es la verdadera.

CAUP.—Porque con tu muerte veas
cumplido lo que desees,
te soy en esto obediente.

(*Pelean*).

Si presumes blandamente
con arrogancia peleas;
no me espanto que mi gente
huya acobardadamente,
ni que haya Rey que se atreva
a introducción de Ley nueva,
con vasallo tan valiente.

batalla de este nombre. Avila, que no pudo ajustar el hecho al orden cronológico, se aprovechó de tan romántico y caballeresco incidente histórico para levantar la figura de su héroe, hasta llegar a suponer que el duelo se verifica y que en él sale vencido Caupolicán.

(Vase retirando, y salen Don Luis y Don Felipe con las espadas desnudas).

D. FEL.—Mira que es Caupolicán
el que huye.

D. LUIS.—¿El Capitán
de Arauco?

D. GAR.—Muy bien lo sé,
pero ya el temor se vé
en pasos que huyendo van:
y aunque lo pude vencer
aquí, matar o prender,
tenerlo es más conveniente
temoroso con su gente,
que vencido en mi poder

D. FEL.—Cuando la victoria empieza
se ha de seguir, que es flaqueza
dejar de lograr el día.

D. GAR.—Aunque tenga sangre mía,
le he de cortar la cabeza
al que pasare de ahí.

D. FEL.—Hemos de dejarlos?

D. GAR.—Sí.

D. LUIS.—Pues ¿qué es lo que se ha de hacer?

D. GAR.—Tocar luego a recoger,
que no he de pasar de aquí.
Si huyeron sobresaltados,
porque estaban descuidados,
muchos son para seguidos,
que revolverán, corridos
de verse tan despreciados.
Cuando hay fuerza de poder
se ha de seguir la vitoria,
pero cuando viene a ser
con ardid, mayor la gloria

es no volverla a perder.
Y a los indios rebelados
han visto a sus defensores
huir, y, desengañados,
han de volver inferiores,
y en su culpa escarmentados.

D. LUIS.—Discurre Vuestra Señoría
en todo como prudente.
Detendré la infantería.

(*Vanse*).

D. FEL.—Yo los caballos.

(*Sale Bocafría con dos manos cortadas y la espada desnuda*).

D. GAR.— ¡Detente!
¿qué haces?

BOCAF.— Hoy es mi día,
y quiero por desquitar,
el decir con el obrar,
pues huyen los Araucanos,
matar dos, o tres cristianos,
por no dejar de matar.

D. GAR.— ¿Qué es eso?

BOCAF.— A un indio, que fué
mi enemigo, le corté
las manos que traigo aquí. (43)

D. GAR.— ¿Quedó vivo?

BOCAF.— Señor, sí:
pero no por mejor fué.

43. Ya se habrá adivinado que tal suceso en la comedia es pura reminiscencia de aquel acto atroz en que Galvarino sufre impasible que los españoles vencedores le corten las manos.

Un primo mío mató
en el encuentro pasado,
cuando Valdivia murió,
y no quedará yengado,
matándole ahora yo:
cada día ha menester,
que otro le dé de comer.
Y no hay más terrible pena,
que comer por mano ajena,
siendo forzoso el comer.
Haga manos de los codos,
que aunque busque menos modos,
siempre se verá morir
el que ya para vivir
los ha menester a todos.
Y demás de carecer
de lo dulce del rascar,
vil desdicha vendrá a ser,
si está desnudo, esperar
que le vista su mujer;
que si se debe inferir,
que es posible él no gruñir,
aún las que tienen amor,
están más diestras, señor,
en desnudar, que en vestir:
¿Qué busca Vuestra Señoría?

D. GARC.—Una corona arrojó
Caupolicán, y querría
hallarla: aquí la vi yo.

BOCAF.—Algún demonio tenía;
siempre en este valle han sido
todos los más hechiceros,
y habrá desaparecido.

(Don Felipe y Don Luis, asidos á Guacolda).

GUAC.—Si sois los dos caballeros,
que me déis la muerte os pido.

D. LU.—Señor don Felipe, mía
es la india.

D. FEL.— En cortesía
siempre me dejo vencer,
pero aquí fuerza ha de ser
el sustentar mi porfía.

D. GARC.—¿Qué es esto?

D. FEL.— Habemos traído
esta india, y ser queremos
cada uno preferido.

BOCAF.—Esto es hecho: aquí tenemos
saetazo de Cupido;
y no me espanto, por Dios,
que la pleiteen los dos,
que, demás que es excelente,
son mozos y están a diente;
lo mismo hiciérades vos,
humana flaqueza mía.

D. GARC.—Libre los dos la dejad.

D. FEL.—Advierta Vuestra Señoría...

D. GARC.—Conozco que es su beldad
la causa de esta porfía.
Y si amorosas pasiones
turban honrosos blasones,
menos dañoso ser puede
que libre una india quede,
que presos dos corazones:
que aunque pensar fuera error,
que se reduce a delito
el gusto donde hay honor,
flaquezas del apetito

entorpecen el valor.

¡Libre estáis!

GUAC.— Que no es, advierte,
mi libertad la que pido,
sino que me déis la muerte,
y habréis, cristianos, tenido
piedad en mi adversa suerte (44).

(Híncase de rodillas).

Matadme, que ya rendida,
de vivir sólo ofendida,
he de invocar vuestro acero.

D. GARC.— Levanta, y dime primero,
¿por qué aborreces la vida?

GUAC.— Capitán prudente y sabio,
a cuyos valientes hechos,
la restauración de Chile
tiene reservado el cielo,
la infeliz Guacolda soy,
de aquel indio que habéis muerto,
llamado Lautaro, esposa,
poco amante, pues no muero.
Por su mucha valentía,
llegó legítimo dueño,
a las ternezas de un alma,
y a las delicias de un cuerpo.
Tan conformes nos gozamos,

44. Otra reminiscencia ercillana de una india que no solicita de sus apesadores la libertad sino la muerte. El deseo expresado por Guacolda es el mismo que en el poema se pone en boca de Tegalda (330-2-1, 2:)

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase,

refiere el poeta que la india le pedía.

que formaba el pensamiento,
por lo que tardó el principio,
dulces quejas contra el tiempo.

Y tan unidos a un sér,
que hizo, yo en lazo estrecho,
pasto común a mi vida,
de su regalado aliento.

Disculpa, si has sido amante,
mi amoroso sentimiento,
y perdóname en ti mismo
enternecidos afectos.

Y si te falta piedad,
atribúyelo al no serlo,
que solos los que han querido
saben disculpar extremos.

Dos almas quitó una flecha
y al salir la mía, pienso
que la embargó en mis desdichas
la vida del sentimiento.

Si no es que, al partir la suya,
se comunicó a mi pecho,
por dejar introducida
su vital llama en mi aliento.

Y si esto imposible fué,
por la división del cuerpo,
muerta en mí dejó su vida,
y yo la vivo muriendo.

Cuando ausente le tenía,
sin luz mis ojos vivieron,
y hasta verle, unos en otros,
tropezaban mis deseos.

Y ahora que ya, ¡ay de mí!
ni le busco, ni le espero,
porque está en morir mi vida,
aun con la muerte no encuentro.

Capitán, como le vi

le soñé herido y sangriento,
que pronósticos contrarios
siempre han sido verdaderos.
Desmintióme una corona,
que un ídolo de los nuestros
le dió a Fresa, amada esposa
de Caupolicán, soberbio.
Que hoy os veríais, le dijo,
a su gran poder sujeto,
y Arauco seguro y libre
de vuestro tirano imperio.
Mas sólo en mi desventura
pudo permitir el cielo,
que fuese un dios misterioso,
cuando no lo ha sido un sueño.
Y en tan infaustos pesares,
sólo a tu rigor apelo,
pues consiste el bien que busco
en la impiedad de tu acero.
Solicite un golpe el fin
de martirios tan inmensos,
que en lo más de las desdichas,
piedad es buscar lo menos.
Y no son grandes las penas
de los que viven muriendo,
si a lo breve de una muerte
se reducen los tormentos.

BOCAF.—De suerte lo ha relatado,
que me ha enternecido el pecho
y sólo por tener barbas
dejo de llorar muy tierno.

D. GARC.—Tu muerte pides, Guacolda,
con tal piedad, que parezco,
cuando estoy más compasivo,
cruel porque te la niego.
Y porque sepas que nace

la crueldad de tu deseo,
de la ciega idolatría
de tu torpe entendimiento,
la corona que tú dices,
ya Caupolicán la ha puesto
a mis pies, y envuelta en humo
se ha desaparecido entre ellos.
Demonios son vuestros dioses,
y con engañoso intento,
por asegurar las almas,
os lisonjean los hechos.
Solamente nuestro Dios
es, Guacolda, el verdadero,
y el que nos hizo de nada,
estando siempre en sí mismo.
Y si por aquí hay alguno
de los tuyos, verás presto
comprobada esta verdad
con fáciles argumentos.

GUAC.—El que anunció tu venida,
en este peñasco hueco
suele hablar y responder:
si aquí hay demonio, aquí es ello

D. GARC.—En este Agnus Dei está
(*Sáquelo del pecho*).
un átomo del madero
en que este Dios que te digo
venció la muerte muriéndolo,
Toma, y háblale con él.

(*Tómale*).

GUAC.—Muestra, Eponamón supremo,
que por deidad te acreditas,
con articulado aliento:
sal de ese peñasco duro,

vuelve por ti, compitiendo
con la grandeza que informan
deste círculo pequeño.

(Abrese la peña, salen muchas llamas de fuego y humo. De dentro de la peña:)

Reniego de su poder.

D. GARC.—Ahora verás en esto,
que has adorado engañada
un espíritu blasfemo.

BOCAF.—Este ídolo es nefando,
a pagar de mi dinero.

D. FEL.—¿Por qué?

BOCAF.— Huele a chamusquina,
y paga el delito en fuego.

GUAC.—Desengañada y temblando,
postrada a tus pies, te ruego,
que arrepentida me admitas
en la Ley de tu Evangelio.

D. GARC.—Levanta, Guacolda hermosa,
levanta, pues hoy el cielo
quiere levantarte así,
con soberanos misterios.

Y pues ya te has reducido,
será, a pesar del infierno,
tu segunda redención
hija de tu entendimiento.

Ven, y daránle el bautismo
que agora, sí, decir puedo
que merezco victorioso
laurel, a pesar del tiempo.

Y este, sí, es glorioso triunfo,
que en más estimo y más precio
darle a Dios una alma sola,
que a mi Rey un mundo entero.

(Vase).

(*Caupolicán, Tucapel y Rengo*).

CAUP.—No me diga nadie nada,
que ya vuestra cobardía
conmigo está disculpada,
después que de don García
probé la valiente espada.
¿En tal edad tanto brío?
¿No bastaba, cielo impío,
en la corona engañosa,
puesta en manos de mi esposa
fundar el engaño mío?
Muerto es al fin Orompello.

TUC.—Y seis caciques con él.

CAUP.—¡Eché la fortuna el sello!

(*De adentro*).

Si no me vengais, cruel,
me he de matar.

CAUP.— ¿Qué es aquello?

TUC.—El indio a quien los cristianos
le cortaron las dos manos.

RENG.—Vengarse a voces querría:
quítame él a don García
de entre ellos y verá llanos
en mi rigor sus intentos;
pero ¿qué he de hacer si vienen
templados cuatro elementos
en su juventud y tienen
cobardes mis movimientos?
El aire le obedeció
en el mar cuando pasó
hasta nuestra tierra, y luego
en sus venas todo el fuego

de la esfera se infundió.

TUC.—Si no toca a recoger,
era fuerza el revolver
cuando el socorro venía:
no bastaba valentía,
sino prudencia y saber.

CAUP.—Sólo siento de su gloria,
qué los indios rebelados;
ya en nuestro amparo y concordia
van tras él amedrentados
a pedir misericordia.

(Sale Colocolo).

COLO.—A recibir el bautismo
de los cristianos, se va
Guacolda.

CAUP.—Hecho un abismo
de penas, no puedo ya
caber de enojo en mí mismo:
¿eres tú el de la experiencia?
¡mal haya el que se fió
de tu engañosa elocuencia!

COLO.—Confieso que me engañó,
Caupolicán, su prudencia:
¿quién en malicia tan diestra
creyera de parte vuestra,
que un mozo recién venido
se hiciera desentendido
para darnos con la nuestra?

CAUP.—Otra le tengo de armar;
veré si conmigo sabe
fingir y disimular;
a Guacolda en fiesta grave
el bautismo le han de dar:
¿quién duda que sus soldados

lo han de asistir desarmados?
y pienso con otro ásalto
cogellos de sobresalto,
porque mueran descuidados.

TUC.—Bien dices, tras ellos vamos.

CAUP.—Avisa luego a mi gente
del intento que llevamos,
y marchen secretamente.

COLO.—Ruego al Sol que no volvamos
deshechos de la emboscada,
con la intención castigada,
que es astuto y valeroso;
y ha de vivir cuidadoso
de no descuidarse en nada.

(*Vanse*).

(*Salen Don García y Bocafría*).

D. GARC.—Déjalos.

BOCAF.— Si no te alejas,
o te tapas las orejas,
nos han de aturdir aquí:
viene un enjambre tras tí
de indios como de abejas.
¿Cómo, enjambre? Una legión
de langosta en escuadrón;
y a convertirse en mosquitos,
fuera por nuestros delitos
la plaga de Faraón.
Dicen que eres San García, (45)
y que te quieren besar
los pies.

45. Puesto en boca de los indios semejante concepto resulta un absurdo de marca mayor, que los apologistas de don García no tuvieron, sin embargo, empacho alguno en referir

D. GARC.— Mi humildad podría
responder por mí; a tratar
de su quietud y la mía
Don Felipe y don Luis irán.

BOCAF.—Yo vi tan quebrado
este chileno país
que como a vidrio cascado,
sólo le faltaba un tris:
ser mereces el primero
de los de España.

D. GARC.— Eso quiero,
que esté conmigo excusado,
que desdice a un buen soldado
el parecer lisonjero.

BOCAF.—¡Cuerpo de Cristo! ¿ha de ser
todo hacer y más hacer?

D. GARC.— Dura el juego todavía,
y puede en la suerte mía
volver el naípe y perder,
y tengo por ignorancia
bizarrear la ganancia,
sin haberme despedido.

BOCAF.—Que traes, pienso, revestido
un Catón en la elegancia.

D. GARC.—¿Qué dice Guacolda?

BOCAF.— Está
esperando a que le den
el bautismo, y sabe ya
las oraciones muy bien.

D. GARC.—Muy presto se le dará.

BOCAF.—Los nombres me preguntó.

con toda seriedad, Pedro de Oña, el primero, en el **exordio**
de su *Arauco domado*:

Más, ¡oh sublime garza, San García,
(Ques nombre con que el bárbaro os honora)...

(Don Felipe y Don Luis).

BOCAR.—Estos son como el doliente,

que de miedo se arrepiente,
cuando ya se ve morir.

D. GARC.—Yo me doy por convencido,
en su descargo admitido,
que si es dañosa la culpa,
siempre es buena la disculpa
del que la da arrepentido.

D. LUIS.—Que las minas labrarán
dicen, y que poblarán
los lugares despoblados.

D. GARC.—Sólo el fin de mis cuidados
es ése, si ellos me dan
la tierra como la halló
Valdivia, no tendré yo
razón de pedirles nada:
verla quiero restaurada,
pero destruída no.

D. FEL.—¿Qué tributo han de pagar?

D. GARC.—Sólo aquel que ellos quisieren
voluntariamente dar.

D. FEL.—Será muy poco el que quieran.

D. GARC.—Antes se ha de acrecentar
y entre ellos medir verás
con menos corto compás,
lo que juzgaron injusto,
que el que da con propio gusto,
siente menos, dando más.
Aunque mira a sujeción
el dar por contribución,
ya es parte de libertad,
hacer de la cantidad
ellos mismos la elección.
Y cuando de nada pueda
servir esta cortesía
nuestro derecho nos queda
a salvo.

- D. LUIS.— Vuestra Señoría
dice bien: todo suceda
como pide su saber.
- D. GARC.—Así se ha de proponer,
y que adviertan que el lugar
que primero han de poblar
la Concepción ha de ser,
porque tengo preeminencia
por el nombre, como es justo.
- D. LUIS.—Prudentísima advertencia.
- D. GAR.—Ignorar lo que es tan justo
es culpable inadvertencia:
de los de Arauco no están
ningunos ahí?
- D. FEL.— Esos son
más altivos: morirán
primero en su obstinación
que rendirse.

(Vanse don Felipe y don Luis).

- D. GAR.— Mal harán,
si arrogantes y tiranos
pretenden los araucanos
impedir nuestro derecho,
que si a éstos les doy el pecho,
para ellos guardo las manos.
- BOCAF.—Solos estamos, señor,
y solo de ti un favor
a solas quiero adquirir.
- D. GAR.—Sin temor puede pedir
el que sirve con valor:
¿qué quieres?
- BOCAF.— Los apetitos
a buen fin, no son delitos.
- D. GARC.—Es verdad.

BOCAF.— Y ser podría,
no reparando María
en estos lamparoncitos
que ella, y yo...

D. GAR.— ¿Querrás casarte?

BOCAF.—Eso es para no cansarte.

D. GAR.—Toda la dificultad
consiste en su voluntad,
que ella es el todo y la parte.

BOCAF.—La mano a Lautaro dió,
porque dice que le vió
defender los araucanos:
si yo les corto las manos,
mejores las tengo yo.

Y aunque sean infelices
las mías, como autorices
mi persona, y me de el sí,
le traeré de Arauco aquí
diez arrobas de narices.

D. GAR.—De lo que puedes te alejas mucho.

BOCAF.—Pues no son consejos:
porque me de el sí y la mano,
traeré del valle araucano
once barriles de orejas.

(Don Felipe y don Luis).

D. FEL.—Ya dicen que poblarán
los diez lugares que están
sin población, y es doblado
el tributo señalado
que a su Majestad le dan.
Porque vea en tu valor
la prudencia de tu pecho,
y porque juzgue, señor,
el servicio que le has hecho

viendo el tributo mayor.

D. GAR.—Con esto ya habréis quedado
con parecer reducido
los dos, de que fué acertado
el no haberles yo pedido,
si es más lo que ellos han dado.
Siendo este reino leal,
será desde hoy puntual;
porque no fué el no querer
tributar por no poder,
sino por tratarlos mal.
Traten sólo de agradar
los que quieren gobernar
y lograrán su intención,
que aún hay en la sujeción
modo también de obligar.
Sólo falta la obediencia
de Araucó: aquí hay diferencia
de modo, porque, en rigor,
el que niega con valor
pide resuelta inclemencia;
pero que tenga primero
el santo bautismo quiero
la que por Dios se desalma,
supuesto que el darie un alma
es el triunfo verdadero.
Y en la forma que ha de ser
os diré; venid conmigo.

D. FEL.—Muestre el cielo su poder
liberal siempre contigo.
digna acción de tu saber.

D. LU.—Laurel verde en campo de oro
te dé tu mismo decoro.

BOCAF.—Y aquel ángel araucano
solamente a mí la mano,
y arrástreme luego un toro.

(*Vanse*).

(*Salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Colocolo*)

CAUP.—Por aquí embestir podremos
en el punto que escuchemos
los instrumentos festivos,
y con brazos vengativos
nuestra injuria vengaremos.
que es imposible pensar,
cauteloso Don García,
que entramos en el lugar:
Colocolo; esta es la mía
y la tengo de lograr.

OL.—Después que a mí me engañó
no me atrevo a pensar yo
que ha de descuidarse en nada.

CAUP.—Esta ya no es tu embajada,
que vengo en persona yo.
Descuidados han de estar
y sin armas para dar
el bautismo a esa traidora,
que de su ley transgesora
se ha querido condenar.
Por aquí es forzosamente
el paso, después que ya
traiga la crisma en la frente.

TUC.—Nuestra gente embestirá
con una voz solamente
que demos: y lo has pensado
como advertido soldado,
que el que nos dejó vencidos
sólo pondrá los sentidos
en su fiesta descuidado?

RENG.—Sin arcabuces vendrán,
y por lo menos no harán

lo que otras veces han hecho.

TUC.—Fácilmente aquí en lo estrecho
deste paso perderán
las vidas.

RENG.— Si no previenen
el engaño, cierta tienen
la muerte.

CAUP.— Nadie se mueva
ni a embestir sin mí se atreva,
que ya parece que vienen.

(Chirimías y luego cajas; el paje delante con rodela acerada, arcabuceros en orden, don Felipe y don Luis con arcabuces, toallas y fuentes. Don García con peto y bastón, y Guacolda vestida a lo español lo más bizarro que se pueda. Esta salida ha de ser por un palenque).

Túrbesele al Sol la cara
y en pardos eclipses sea
su luz siempre menos clara,
porque en sí el castigo vea
de una privación tan rara:
armados vienen, ¿qué haremos?

TUCAP.—Por el lugar nos entremos
resueltos a pelear.

COLOC.—Lo que os puedo aconsejar
es, que ya nos retiremos,
que deste hombre sólo siento,
según en cualquier intento
es prudente y advertido,
que trae a su Dios metido
en su mismo entendimiento.

CAUP.—Pues no ha de decir de mí,
qué tantas veces volví
las espaldas; peleemos.

RENG.—Todos contigo lo haremos.

COLOC.—Pues, ¡ay! de Arauco y de tí!

(Sale Bocafria con la espada desnuda).

BOCAF.—Ea, famosos cristianos,
entre un millón de araucanos
dice, entrando en el lugar,
que me ha de desorejar
el que yo corté las manos:
acuda Vuestra Señoría
aprieta, que hoy es el día,
si el naípe puede volver,
en que es posible el perder.

(Tome la rodela y saque la espada).

D. GAR.—Perdona, hermosa María,
que son lances de la guerra.

(Vayanse y quede Guácolda sola).

DENTRO.—¡Santiago! ¡España! ¡cierra!

GUAC.—Vuestra Señoría, señor,
vino con su gran valor
a redimir esta tierra;
y así a un mismo tiempo aquí
nos da cuidadoso a mí
el bautismo de su ley,
mayor poder a su Rey,
y laurel eterno a sí,
que con tan heroicos nombres,
tal sangre y tales renombres
poco su sér aumentara,
si en Chile se contentara
con hacer lo que otros hombres.
¡Ea! hijo valeroso
de aquel Virrey, por quien ya

el Perú vive glorioso;
¡a ellos!, que Arauco está
de tu espada temeroso.
Que bien se te echa de ver
que has heredado el vencer
de la sangre de Mendoza,
y que España en ella goza
los triunfos de su poder.
Ya se rinden, ya se dan,
y huye Caupolicán
avergonzado y corrido;
los que a un ídolo han creído,
¿qué glorias no perderán?
Tómate cuenta a tí mismo,
Arauco, en tu barbarismo,
que el vencimiento mayor
es el conocer tu error
con la crisma del bautismo.

(Don García, Don Felipe, Don Luis, y todos los demás araucanos y españoles, menos Caupolicán).

CoLoc.—Domado Arauco te ruega,
que pues a tus pies rendido
ya tributario se entrega,
que lo perdones vencido.

D. GAR.—Nunca mi piedad se niega,
que aunque el seros generoso
parezca en algo dañoso,
sólo quiero parecer
riguroso hasta vencer,
y en venciendo, ser piadoso.
El verdadero triunfar
es poder, y no matar;
y así me hace insistir

y al Gobernador Prudente,
animoso en el rendir
la gloria del perdonar:
libre estáis.

COLOC.—Nueve victorias te han dado
verde laurel, y has poblado
diez ciudades, persuadiendo,
peleando y corrigiendo. (46)

D. GAR.—Está el mundo admirado.

COLOC.— Y obediente
te humilla Arauco la frente
y que eres, dirá, señor,
el piadoso vencedor
y el Gobernador Prudente.

D. GAR.—¿Dónde está Caupolicán?
¿No se rindió?

D. LU.— El capitán
Reinoso, que lo siguió,
lo trae preso.

D. FEL.— Bien mostró,
hecho un segundo Roldán,
que es de Valdivia sobrino. (47)

46. Gran hincapié hicieron los citados apologistas en manifestar que su figura no había sido puesta bastante de relieve en *La Araucana*, entre otras omisiones, por cuanto no aparecían en ella expresados tales frutos de su gobierno en Chile. Nueve victorias en otras tantas batallas y la población de diez ciudades, dice Avila, sobrepujando en esto a todos los demás encomiadores del gobernador de Chile,—historiadores, poetas y dramaturgos,—quienes sólo llegan a hablar de nueve ciudades fundadas y del vencimiento en siete batallas.

47. Tal parentesco de Reinoso con Valdivia es absolutamente antojadizo, y el hecho, por su propia notorièdad, no vale la pena de que nos empeñemos en desvanecerlo.

(Sale Reinoso).

REIN.—Aunque a piadoso me inclino,
cuando es justa una venganza,
justas disculpas alcanza.

D. GAR.—¿Y Caupolicán?

REIN.—Previno
mi intención tu voluntad,
y mi sangre tu piedad;
y como clamara en mí,
quise entregártelo así.
Perdona si es impiedad.

(Corra una cortina y muéstrelò empalado).

D. GAR.—Por vida del Rey, tirano,
que estoy por darte la muerte
por hecho tan inhumano.

REIN.—Que murió, señor, advierte,
arrepentido y cristiano. (48)

48. Pues nada: la expresión que Avila atribuye a don García condenando la conducta de Reinoso, implica, lisa y llanamente, despojar a Ercilla de uno de sus más geniales y generosos arranques, cuando, después de contar con palabras que enternecen el suplicio de Caupolicán, dice muy en alto (547-5-7, 8):

Que, si yo a la sazón allí estuviera:
La cruda ejecución se suspendiera.

Asienta Reinoso en su disculpa, eso sí, un hecho de que también da testimonio *La Araucana*, cuando dice que al desgraciado caudillo indígena le bautizaron antes de ser entregado al suplicio (555-3-1,2):

Luego aquel tri-te, aunque felice día,
Que con solemnidad le bautizaron.

GUAC.—Por eso sólo, señor,
merece perdón su error,
que ser pudo si viviera
en su obstinación muriera
y fuera el daño mayor;
lo primero que te pido
es esto.

D. GARCÍA.—Y yo convencido,
sólo por ti le perdono;
pero, no por eso abono
su rigor inadvertido,
que aunque las venganzas son
disculpas del corazón,
la nobleza del poder
consistió en poderla hacer,
pero no en la ejecución.

Porque ¿qué más soberanos
hechos, más nobles y humanos
que tener siempre una vida
inferior y agradecida
a la piedad de tus manos?
¿Qué estado quieres, María?

GUAC.—Ser religiosa querría.

BOCAF.—Pues tan frío me he quedado,
lindamente me ha cuadrado
el nombre de Bocafría!

D. GAR.—El premio de tal acción
le toca a Su Majestad
en esta restauración;
y así, con la autoridad
de una breve relación,
a la verdad persuadido,
y con causa agradecido.
de su católico pecho,
que os dará, estoy satisfecho,
el que tenéis merecido

Y porque otra parte (49) cuente
el fin espléndidamente,
en ésta fin da el Autor
al piadoso vencedor
y al *Gobernador Prudencie*.

49. Según sea la interpretación que se dé a esta voz *parte*, así serán también las consecuencias que habremos de sacar: *Parte* ¿se refiere en este verso a *persona*, a otro autor que pueda o quiera proseguir en la relación de las hazañas de Hurtado de Mendoza? ¿O se alude a otra *parte* de la misma comedia que Avila ofrezca aquí? Parece lo más cierto esto último, después del calificativo de *ésta* que sigue verso de por medio. En todo caso, no se tiene noticia de que el autor cumpliera semejante promesa: promesa y falta de cumplimiento que fueron frecuentes en los escritores españoles de antaño y de que sería ocioso que presentásemos ejemplos.

